



**LA  
CONCEPCION  
NACISTA  
DEL  
ESTADO**

*Por*  
**JORGE GONZALEZ**  
JEFE DEL MOVIMIENTO NACIONAL  
SOCIALISTA DE CHILE



K U K L O X . X Y Z

K U K L O X . X Y Z

---

---

ES PROPIEDAD

---

---

Ha servido de base para este estudio, la conferencia que, con el mismo título, dictara yo en Santiago, el 9 de Setiembre de 1932, pocos meses después de la fundación del Movimiento Nacional - Socialista de Chile.

Las ideas expuestas por mí en aquella oportunidad, han sido mantenidas íntegramente en el presente folleto.

Con todo y aún cuando los fines de propaganda a que está destinado, sólo han permitido desarrollar en este trabajo las líneas fundamentales del tema propuesto, se contienen en él numerosas ampliaciones a los conceptos esbozados en la conferencia. Estas ampliaciones corresponden, en parte, a ideas ya expuestas por mí en manifiestos y artículos publicados en el periódico "Trabajo". Sin embargo, he creído útil reunir las y complementarlas en este pequeño cuaderno, con la mira de proporcionar al lector una exposición más o menos ordenada acerca de las causas que han motivado la generación del Movimiento Nacional - Socialista, y de las finalidades y la organización del nuevo Estado que dicho Movimiento propicia.

JORGE GONZALEZ.

Santiago, Julio de 1934.

K U K L O X . X Y Z



## I

### UNA NACION EN RUINAS

Si analizamos los trastornos políticos y sociales que Chile sufre desde 1920, observaremos que este período de nuestra historia se caracteriza por una total desorientación de la opinión nacional y de los hombres que durante él han tenido a su cargo el manejo de los negocios públicos, en lo que se refiere a la concepción del Estado como órgano director y regulador de las actividades colectivas.

La acción política, social y económica que los gobiernos han desarrollado durante esos años, ha sido desarticulada y sin sentido. Posesionados de una verdadera fiebre de reformas, no han dejado escapar a su intervención ninguna de las actividades e instituciones del país. Todo el edificio nacional construido en un siglo de paciente labor, ha sido derribado al golpe de la barreta gubernativa, sin que sobre sus ruinas se haya logrado, hasta este momento, levantar la nueva construcción que deba reemplazarlo.

El espectáculo que Chile ofrece en la actualidad no podría ser más desconcertante y doloroso. Ciertamente es que donde

ayer se alzaban vetustos caserones coloniales, hienden hoy el espacio imponentes rascacielos, y que por donde antes transitaban desvencijadas las carretas, circulan ahora velozmente miles de automóviles. Pero, junto a este innegable progreso material, ¡cuánta miseria, cuánta ineptia, cuánta farsa y cobardía!

El Estado, en la elevada acepción de esta palabra, no existe hoy en Chile. Desde hace muchos años los intereses nacionales carecen de dirección. No hay una visión clara del rumbo que debe seguirse, y en medio de la desorientación general, la incompetencia y la inmoralidad han sentado sus reales en todos los organismos públicos. ¡Se ha pretendido construir una patria nueva, y en su lugar sólo se ha logrado acumular un hacinamiento informe de palacios y de rutina, de carreteras y de prevaricación!

Después de casi un decenio de violentos trastornos, mediante los que vanamente pretendimos encontrar nuevas formas políticas y sociales, hemos regresado al mismo punto de partida de 1924. No sólo son los mismos hombres de entonces los que hoy vuelven a tener en sus manos los destinos del país, sino que es también el mismo espíritu añejo y rutinario, que por algún tiempo nos ilusionamos haber aventado para siempre.

Dos lustros de motines y revueltas no nos legaron más frutos que algunas reformas jurídicas exentas de trascendencia, un cúmulo de leyes promulgadas sin concierto ni estudio, y una administración pública hipertrofiada hasta la monstruosidad: todo ello encerrado en un negro marco de descomposición social y desprestigio exterior.

En estas condiciones, los derrotados de 1924 han retornado a las posiciones de que entonces fueron expulsados por

incapaces y corrompidos. Aleccionados por la experiencia, se han atrincherado esta vez fuertemente en sus viejos reducidos, y desde allí han reemprendido su lucrativa tarea con redoblados bríos.

Hoy, como hace diez años, el país continúa por el despeñadero. Ninguno de los graves problemas que lo aquejan ha sido resuelto, ni está en vías de resolverse. Mientras los partidos políticos y sus hombres se debaten, como en sus mejores tiempos, en rencillas eleccionarias y en interminables disputas por las piltrafas del presupuesto, los intereses nacionales prosiguen su marcha a la deriva. La miseria fisiológica y moral consume hoy más que nunca al pueblo, a pesar de cuanto se diga por la prensa oficial para hacer creer en un mejoramiento de las condiciones de vida de la población.

El comercio y las industrias viven al día. Sin confianza en el porvenir, se esfuerzan por explotar, en la mejor forma posible, las contingencias del momento, pues no ignoran que así como en estos últimos meses circunstancias enteramente fortuitas les han permitido disfrutar de alguna prosperidad, en el día de mañana pueden verse arrastrados nuevamente a las más negras catástrofes.

En general, un profundo desencanto embarga a la nación. La sórdida lucha por los intereses económicos ha hecho perder a nuestro pueblo todo concepto de sus altas finalidades. El viejo espíritu de la raza se desvanece día por día y un sentimiento de desolación y pesimismo aprisiona cada vez más los ánimos.

Fuera de los intereses materiales, no hay nada que consiga incitar nuestras actividades. El más feroz de los individualismos tiene maniatadas las mejores energías sociales

y destruye hasta las últimas reservas de la nacionalidad. Hemos perdido la fe en nuestra capacidad como nación, y en vez del vigoroso sentimiento colectivo que durante cien años nos diera poder y grandeza, sólo ostentamos hoy un mezquino afán utilitario. Un vaho de inmoralidad y de sibaritismo ahoga las postreras manifestaciones de una nacionalidad en pleno proceso de decadencia.

Son muchas, sin duda, las causas que originan esta situación. Empero, la fundamental de ellas es la ya anotada, de la más absoluta ausencia, en nuestro ambiente político, de una concepción clara y precisa de lo que debe ser el Estado frente a las nuevas tendencias colectivas. Falta en nuestros hombres de gobierno una comprensión neta de la realidad, que les haga percibir la íntima relación que necesariamente debe existir entre la economía y la política, entre las conquistas sociales y la administración pública. Una visión mezquina y materialista de la vida les hace contemplar todos los males y las inquietudes colectivas a través de un prisma meramente económico, por lo que no aciertan a comprender que este pueblo, más que de hambre y de miseria física, se muere de anemia del espíritu.

Nos hemos transformado económica y socialmente, pero pretendemos conservar invariable nuestra destartada estructura política y administrativa. Hemos pretendido y pretendemos realizar una economía socialista con un Estado genuinamente liberal, con instituciones liberales, con gobernantes y funcionarios plasmados en el criterio liberal. Queremos que el pueblo continúe vibrando indefinidamente al impulso de ideales caducos, que ya no comprende. Nos cerramos con testarudez a toda inspiración renovadora de las gastadas concepciones políticas de una época fenecida. Nos:

obstinamos en remediar un mal que ante todo es de orden moral, con simples medidas legislativas, que no tienen otro efecto que agregar un engranaje más a nuestra formidable máquina burocrática.

Por eso hemos fracasado; por eso hemos vivido y continuamos viviendo sin rumbos y en perpétua zozobra; por eso la audacia y la inescrupulosidad de los mercaderes de la política disponen a su antojo de los destinos nacionales, sin encontrar resistencia de parte de los elementos sanos de la población, que constituyen, sin embargo, la inmensa mayoría de la opinión del país.

El Movimiento Nacional - Socialista de Chile ha comprendido, por fin, este divorcio que existe entre el Gobierno y las necesidades vitales de la República; ha comprendido que lo que el país requiere no son cambios constitucionales ni legislativos, sino que una modificación sustancial en la concepción y estructuración del Estado.

Es ésta su finalidad primordial: erigir sobre las ruinas del viejo Estado liberal, el nuevo edificio del ESTADO NACIONALISTA, es decir, de un Estado que sea capaz de transformar en vida y acción las aspiraciones de orden, de trabajo y de justicia social, que hace ya tantos años palpitan en lo más hondo del alma de la raza.

I.

**MUERTE DE LA TRADICION DEMOCRATICA**

La vida de los pueblos está dominada, en la hora presente, por un principio que constituye, por decirlo así, el eje de la política contemporánea: el sometimiento, cada vez mayor, del individuo a la colectividad. La existencia de las naciones no es ya concebida sin una fuerte y constante tutela del Estado sobre las actividades particulares, con la mira de hacerlas converger hacia la superior finalidad del bienestar general. El libre juego de las leyes naturales, que hace triunfar a los más fuertes sin consideración a las consecuencias que ese triunfo pueda tener para la marcha de la sociedad, debe ser controlado y restringido por el Estado, en su calidad de representante de aquélla. La iniciativa privada, cualquiera que sea el plano en que ella se manifieste, no puede quedar entregada al capricho individual, en desmedro de los intereses superiores de la comunidad. Al individuo sólo le es lícito actuar en cuanto sus esfuerzos redunden en beneficio social, y toca a los poderes públicos encauzarlo por esta vía y mantenerlo en ella.

El Estado liberal se ha manifestado del todo impotente.

para asumir este rol de orientador de las actividades individuales. Creado con fines casi exclusivamente policiacos, de mantenedor del orden material y amparador de las libertades públicas, ha sido incapaz de impedir que sus instituciones fundamentales, generadas sobre la base de abstractas concepciones doctrinarias, fueran deformadas y anuladas en su funcionamiento, a medida que el doctrinarismo del siglo pasado ha sido reemplazado por el empirismo económico de la hora presente.

Es así como las ideas que dieron vida y fuerza al Estado liberal han ido desvaneciéndose, hasta el punto de haber llegado, en la actualidad, a perder todo su antiguo significado. Los conceptos de soberanía popular, de sufragio universal, de parlamentarismo y demás que durante un siglo presidieron la organización política del mundo occidental, carecen hoy totalmente de sentido. Los viejos sistemas y organismos se disgregan rápidamente, pues los pueblos no se manifiestan dispuestos a continuar sometidos a la majestad invulnerable de las Constituciones liberales, cuyos preceptos no se avienen con el espíritu de la época.

Por otra parte, la fiebre de los negocios y las dificultades de la vida diaria han ido alejando de las contiendas políticas a los mejores elementos de la sociedad, y a medida que se ha ensanchado el campo de las actividades económicas, absorbiendo las fuerzas más capaces y sanas de la nación, el campo político ha sido entregado a los núcleos de audaces y de ambiciosos que sólo buscan en él una compensación de sus fracasos en la lucha honrada por la vida.

A su vez, el dinero, acumulado en forma de enormes empresas económicas y de monstruosos capitales, ha llegado a constituir, al amparo del liberalismo, una potencia de tal magnitud, que absorbe hoy y mantiene bajo su control casi

absoluto la vida de las naciones. Los potentados del dinero han constituido, de esta manera, un Estado dentro del Estado; más aún, han transformado la fuerza política del Estado en un instrumento de sus especulaciones. Los principios democráticos de gobierno han sido sojuzgados por la acción corruptora del dinero, y cada vez que los gobernantes liberales pretenden reaccionar contra la presión de los agiotistas y especuladores, sólo consiguen dejar al desnudo su impotencia frente a ellos.

Finalmente, impulsado por un enfermizo sentimiento libertario, el Estado liberal ha permitido la generación, en el seno de las colectividades, de toda suerte de ideas y doctrinas desquiciadoras del orden social. La lucha de clases, que constituye la más monstruosa de las concepciones políticas y que lleva en sí el germen de destrucción de todos los valores de una cultura milenaria, ha podido crecer, a la sombra protectora del liberalismo, hasta transformarse en la más formidable de las amenazas para la existencia de esa cultura.

Impotente el Estado liberal para detener la ola devastadora del marxismo, por carecer de una fuerza espiritual capaz de hacer resistencia a su credo brutal y materialista, no tuvo otra actitud que adoptar que la de dejarse arrastrar por ella. Resultado de esto, ha sido que el marxismo ha terminado por destruir el Estado tradicional.

Ahora bien, faltos de un organismo estatal que satisfaga sus aspiraciones y los mantenga en forma, los pueblos se sienten impulsados, cada vez con mayor vehemencia, a recurrir a la única fuerza capaz de hacer imperar el orden en las colectividades y de satisfacer sus exigencias, cuando el cuerpo político ha perdido su contenido espiritual: la voluntad de un hombre. El viejo idealismo político, esencialmente im-

personal, es reemplazado, de esta manera, por una concepción objetiva y práctica del gobierno, que se traduce en una irresistible tendencia popular a entregar la dirección del Estado a individualidades fuertes, que reúnan en sí la mayor suma de poder.

En el Estado tradicional, el jefe del gobierno es, ante todo, un símbolo; es la materialización del poder, cuya verdadera vida y fuerza reside en la idea política que ese gobernante encarna. Así, en la monarquía hereditaria, el poder del rey no emana de la persona de éste, sino que del principio de la realeza, sólidamente anclado en el alma popular. Del mismo modo, en el gobierno constitucional - representativo estilo siglo XIX, la autoridad del jefe del Estado no procede de las cualidades personales de quien ejerce este cargo, sino del prestigio de la Carta Fundamental a cuya sombra esa persona desempeña su mandato.

Cosa muy diversa sucede cuando la antigua tradición ha desaparecido, que es lo que caracteriza al fenómeno político que hoy se diseña, con mayor o menor fuerza, en todos los países de nuestra cultura. En tales épocas, los gobernantes, aunque continúen manteniendo títulos semejantes a los de sus antecesores, desempeñan, sin embargo, un papel muy diverso del de aquéllos. Ya no son ellos meros símbolos del poder, sino que constituyen la esencia misma del poder. Su prestigio, su fuerza, no emanan ya de una abstracción— soberanía por derecho divino, soberanía popular — sino que descansan sólo en la capacidad individual del jefe. Ya no es la tradición la fuente del poder, sino que lo son, exclusivamente, las condiciones personales de mando de los hombres que llegan a asumirlo. Aunque se conserven las exterioridades y los formulismos de antaño, aunque en la gene-

ración y el ejercicio del poder se continúen las prácticas de la era fenecida, en el fondo esas prácticas han perdido todo su significado. Lo efectivo, lo que realmente tiene vida y actúa en el interior de ese engranaje, es la voluntad de algunos individuos que lo accionan y le dan movimiento.

La influencia decisiva que las condiciones personales de los gobernantes adquieren bajo las circunstancias que hemos anotado, tiene como consecuencia la iniciación de períodos de inestabilidad política que, si no logran ser vencidos por el surgimiento de un nuevo ideal de gobierno capaz de forjar una nueva tradición, terminan por llevar a las naciones a una permanente anarquía. Las cualidades de los hombres en que el azar deposita los destinos colectivos llegan a constituir, en tales casos, los únicos y verdaderos reguladores de la vida en común. Las épocas de tranquilidad y de desorden, de prosperidad y de miseria, se alternarán en forma más o menos violenta, según sean las capacidades de los hombres que sucesivamente se posesionen del mando. Con ello, toda unidad histórica desaparece, para dar paso a los episodios— que pueden ser extraordinariamente brillantes, pero que en todo caso son estrictamente personales— de los caudillos que se suceden en el poder.

Es esta última la suerte ya centenaria de la mayor parte de los pueblos de la América española. Extinguida en ellos la tradición política de la Colonia, se dieron a la tarea de constituir nuevos regímenes de gobierno, sobre el patrón de la democracia norteamericana. Desgraciadamente, sólo algunos consiguieron llevar a la realidad este propósito. Los más, se manifestaron ineptos para forjarse una nueva conciencia política, que diera estabilidad a sus instituciones. Su historia, desde la emancipación hasta nuestros días, no es

sino una serie ininterrumpida de gobiernos personales, sin ninguna continuidad espiritual. Bajo la apariencia de las formas democráticas, ha imperado e impera en esos países un absoluto personalismo. Los gobiernos se mantienen y suceden, no por respeto a una tradición o con sujeción a un sistema político, sino que en atención sólo a las mayores o menores condiciones personales de sus hombres, para imponer la obediencia.

Chile no tuvo, felizmente, este destino. Después de los veinte años de caos y de personalismo que siguieron a 1810, nos cupo en suerte que surgiera en nuestro país un hombre que fué capaz de echar las bases sólidas de una nueva tradición de gobierno. El predominio étnico del elemento español sobre el indígena, unido a la certera visión que Portales tuvo de nuestras posibilidades políticas, permitieron implantar en Chile las formas de gobierno del Viejo Mundo.

El inmenso servicio prestado por Portales a la República, consiste en haber conseguido despersonalizar la política chilena, o sea, en haber infiltrado en el pueblo una nueva conciencia política, que vino a reemplazar la tradición extinguida en 1810. El edificio constitucional levantado por Portales y terminado por Montt y Varas, pudo, en esta forma, mantenerse en pie durante casi un siglo.

El año 1924 marca en Chile el término de la tradición liberal - democrática, o sea, la muerte del régimen instaurado por Portales. Desde entonces, nuestro país ha vuelto a entrar a un período de gobiernos personales, análogos a los que tuvimos entre 1810 y 1830 y a los que aún imperan en la mayoría de los países hispanoamericanos. La revolución de setiembre de 1924 no fué un vulgar cuartelazo, sino que un fenómeno espontáneo, consecuencia fatal de nuestra evolu-

ción histórica, y que se venía preparando desde 1891. Esa revolución significó la muerte definitiva de la democracia liberal como sistema de gobierno y, por ende, de los partidos históricos como fuerzas políticas.

Muerta entre nosotros la vieja conciencia política, sólo nos será dado volver a la normalidad institucional, o sea, a gobernarnos conforme a un sistema de gobierno y no al capricho de algunos caudillos, si conseguimos inculcar en el pueblo una nueva fe colectiva. Es necesario, en otras palabras, echar las bases de una nueva tradición, que venga a ocupar el lugar de la extinguida tradición portaliana.

Es inútil pretender desconocer esta realidad. La política es "el arte de lo posible", y quienes quieran llegar a dirigir a un pueblo deben, previamente, tener conciencia cabal de las posibilidades que se presentan al mismo en su desenvolvimiento. Nada sacamos, por lo tanto, con llorar la muerte del régimen democrático, ni con discutir acerca de la conveniencia o inconveniencia de restablecerlo. Por más esfuerzos que hagamos en este sentido, la realidad nos abocará siempre al mismo dilema: o encontramos un ideal político que sea capaz de volver a hacer vibrar a nuestro pueblo y que sirva de fundamento a una nueva tradición, o continuamos indefinidamente en la anarquía. Los acontecimientos no nos permiten otra alternativa, y es inútil que nos obstinemos en cerrar los ojos frente a ella.

La normalidad institucional del país no habremos de reconquistarla con patéticos llamados a la cordura, ni con el mantenimiento de milicias armadas, ni con argumentos o raciocinios jurídicos o doctrinarios. Ella sólo sobrevendrá una vez que un nuevo ideal político haya logrado captar los anhelos de renovación que bullen en el alma popular.

Desde que se extinguió el viejo régimen, hemos ensayado su reconstrucción con tanta tenacidad como poco éxito. A lo más, hemos conseguido restablecer, por algún tiempo, las exterioridades de la organización política de antaño. Pero no son esas exterioridades, no son los artículos de un código los que dan forma y consistencia orgánica a un pueblo. No olvidemos, a este respecto, la enseñanza, ya recordada, de la mayoría de los pueblos hispanoamericanos, que hace un siglo pugnan en vano por entrar en los rieles de la normalidad. ¿Por qué han fracasado en semejante intento? Por la razón muy sencilla de que sus condiciones sociales y étnicas no han correspondido al régimen que se les ha querido imponer. El pueblo no tuvo en ellos conciencia de la democracia, no vibró con sus ideales, no supo comprenderlos, ni menos transformarlos en hábito, antecedentes éstos indispensables para constituir una tradición.

La mayoría de nuestros políticos no quieren o no pueden comprender que los regímenes de gobierno no se inventan, ni es posible fabricarlos conforme a un patrón dado. Parten de la base de que el régimen democrático - liberal es algo definitivo e inmutable, a cuyas normas deberán sujetarse permanentemente los pueblos de nuestra cultura. Mientras tanto, la realidad se encarga de demostrar que esto no es así. Cada ciclo histórico tiene sus sistemas políticos propios. La política tiene por objeto satisfacer las necesidades vitales de los pueblos y solucionar los conflictos y problemas que a los mismos se presentan en sus relaciones recíprocas. Y como dichas necesidades, problemas y conflictos varían según las épocas, el arte de la política debe forzosamente seguir tales transmutaciones. Negar esta realidad y aferrarse porfiadamente a un sistema anacrónico, significa desafiar los acon-

tecimientos, actitud que, como lo enseña la historia, termina invariablemente en regueros de sangre.

En política no existe lógica, sino que sólo existen realidades. Por muy racional y bien constituido que en teoría parezca un sistema, éste habrá de fracasar indefectiblemente si el pueblo al que se le quiere aplicar no lo "siente" como adecuado a su idiosincrasia y necesidades. En Chile "sentimos", durante casi un siglo, el régimen democrático - liberal. Gracias a ello, éste pudo funcionar más o menos normalmente, aunque con grandes restricciones. Pero, en la época que corre, nuestro pueblo ya no vibra con ese régimen, y de aquí que hoy resulte el mismo en absoluto impotente para mantener las formas políticas.

Esto podemos observarlo, por lo demás, en todos los pueblos de cultura occidental. En cada uno de ellos se advierte inequívocamente que el ideal democrático o está extinguido o en vías de extinción. Algunos, como Italia y Alemania, ya han entrado francamente en la nueva fase de su evolución histórica, pues les cupo la inmensa suerte de contar con hombres que, antes de producirse el derrumbe del régimen caduco, supieron despertar en las masas el nuevo ideal destinado a reemplazarlo. En esos pueblos, el paso del viejo régimen al nuevo ha podido producirse sin solución de continuidad.

' Nosotros, por desgracia, no tuvimos esa suerte, pues al producirse, en 1924, el derrumbe del sistema liberal, carecíamos de una fuerza espiritual capaz de reemplazarlo. Y, fatalmente, hubimos de caer en la anarquía.

### III

#### SOMOS OCCIDENTALES

Antes de proseguir, es necesario que hagamos una pequeña digresión.

Se afirma con frecuencia que la particularidad de ser Chile un país nuevo, cuya vida independiente data sólo de poco más de un siglo, lo diferencia sustancialmente de los países europeos, tanto en el aspecto político, como en el social y cultural.

Quienes así razonan incurren en un grave error.

Ya tuvimos ocasión de afirmar que Chile se cuenta entre los pocos países sudamericanos en que el elemento conquistador español se impuso étnicamente sobre el indígena. Nuestra posición a este respecto tiene cierta semejanza con la del pueblo norteamericano. Allá el indígena fué totalmente eliminado por el hombre blanco, y éste transplantó a las nuevas tierras sus hábitos de vida, su organización social y política, su religión: en una palabra, su cultura occidental. Entre nosotros sucedió algo semejante, aunque en forma menos absoluta. El español, primero, y el alemán, el inglés y demás elementos europeos, después, se impusieron racial-

mente en forma amplia sobre los aborígenes. La indomable resistencia del indígena a someterse al yugo del invasor, tuvo como consecuencia un cruzamiento relativamente limitado entre ambas razas. En todo caso, el blanco predominó sin contrapeso, e impuso en el país sus costumbres y su cultura.

Tenemos, entonces, que, considerada nuestra nacionalidad en su aspecto racial y cultural, forma ella parte de las naciones europeas occidentales. Consecuencia de este hecho es que nuestras formas políticas, sociales y económicas correspondan también a las de estos pueblos. Es absurdo, por lo tanto, hablar en Chile de una cultura autóctona, como lo proclaman por ahí ciertos filósofos de cartón. Nuestra cultura es genuinamente occidental. Aunque emplazados en otro continente, formamos parte del mundo europeo, y en nuestro desenvolvimiento colectivo tendremos que seguir las mismas evoluciones y vibraciones de aquél.

Pretender formar artificialmente una cultura indo-americana es ridículo. Culturas americanas fueron las de los Aztecas y de los Incas, y ambas tuvieron innegable grandiosidad. Pero hoy día una y otra están muertas, habiéndose impuesto, en su lugar, la cultura europea: en algunos de los países hispanoamericanos sólo superficialmente; en otros, en cambio, entre los que Chile ocupa el primer lugar, en forma profunda y total.

Somos, pues, occidentales, y estamos predestinados a seguir la suerte de los pueblos de Occidente. Esto no significa, sin embargo, que nuestra misión sea la de imitar y copiar servilmente los hábitos y las modalidades europeas, desterrando todas las manifestaciones de vida y las costumbres que singularizan nuestra nacionalidad. Muy al contrario, así

como Francia, Alemania, Inglaterra y España, aún cuando pertenecen a una misma cultura, no dejan de poseer sus características nacionales perfectamente definidas, así también debemos los chilenos esforzarnos por mantener nuestra individualidad nacional, sin renegar por esto de la afinidad de fondo que nos une con aquellos pueblos.

Somos occidentales, en el sentido de que nuestras concepciones básicas de la vida son las mismas de los pueblos europeos. Coincidimos con ellos en los conceptos primarios de organización de la familia, de la propiedad, de las creencias religiosas, de la apreciación del bien y del mal, de lo justo y de lo injusto. En una palabra, tanto nuestros hábitos externos de vida, como nuestra comprensión íntima de la existencia humana son, en su esencia, genuinamente europeos.

Pero esta comunidad de cualidades sustanciales, no impide que tengamos características propias tan definidas como las de cualquiera de las naciones de Europa. Poseemos nuestras costumbres chilenas, nuestras tradiciones chilenas, nuestras modalidades de vida chilenas, que nos distinguen de todo otro pueblo de la tierra.

De aquí que la circunstancia de reconocernos como occidentales, no signifique, por ningún motivo, que debamos renegar de nuestra individualidad como nación, sino que, por el contrario, ella nos impulsa a afirmar al máximo el orgullo de nuestra sangre y de nuestra raza. Pero no olvidemos que nuestro destino se halla inexorablemente ligado al de los pueblos de Occidente, y que nuestras formas políticas, sociales, económicas y espirituales son las de esos pueblos y están sometidas a las mismas grandes transmutaciones históricas.

IV

LA REALIDAD FASCISTA

Hemos dicho que el régimen democrático - liberal con que las naciones occidentales se gobernaron durante el siglo pasado, ha muerto entre nosotros, al igual que en el resto del mundo europeo, y que si queremos devolver a nuestro país el equilibrio de sus instituciones, debemos dirigir todos nuestros esfuerzos a inculcar en el pueblo una nueva fe política. Pero, para que esta fe prenda en el alma popular, no puede ella ser el producto de una fantasía de gabinete, sino que debe reflejar fielmente los anhelos y el sentir colectivo de la hora en que vivimos. No se trata, por lo tanto, de "inventar" un credo político, sino que de "descubrir" el que anida informe en el alma popular, y de darle una estructura orgánica. En otras palabras, se trata de penetrar las posibilidades de la época, para, con ellas, forjar un nuevo sistema de gobierno.

Es éste el verdadero y profundo significado del FASCISMO.

Contrariamente a lo que se sostiene por los doctrinarios y tearizantes liberales, el fascismo no es un fenómeno

local, surgido como consecuencia de los trastornos provocados en determinados pueblos por la Gran Guerra. La circunstancia, tan invocada, de haber afirmado el propio Mussolini que el fascismo 'no es artículo de exportación', lejos de ser decisiva a este respecto, sólo indica que el inspirador del fenómeno fascista se equivocó, en sus comienzos, acerca del verdadero alcance del mismo. Hoy, Mussolini ya no duda del significado mundial del fascismo.

Sólo observadores superficiales o cegados por la pasión política pueden hacer surgir los orígenes y la razón de ser del fascismo, de un acontecimiento accidental en el proceso evolutivo de la humanidad, como lo fué la Guerra, a pesar de las inmensas y trágicas proporciones de la misma. El conflicto de 1914 no puede señalarse como causa de los actuales trastornos, sino que él fué, más bien, consecuencia de ellos. El derrumbe del sistema liberal se venía preparando con mucha anterioridad al estallido de la conflagración. Esta no hizo sino precipitarlo. Si la Guerra no sobreviene, es probable que las instituciones democráticas hubieran podido mantenerse por algún tiempo más del que se han mantenido; pero, en definitiva, su suerte habría sido exactamente la misma.

En política, como, por lo demás, en todas las manifestaciones de la vida humana, nada pueden los argumentos, por eruditos y lógicos que parezcan, contra la inexorable realidad de los hechos. De aquí que, sea lo que fuere de las causas y orígenes del fenómeno fascista, el hecho preciso e indestructible es que dicho fenómeno se presenta actualmente, con pasmosa analogía, en todas las naciones de cultura occidental.

Resulta en extremo simple tratar de explicar tan uná-

nime coincidencia como el producto de un mero afán de imitación. Es ingénuo pretender que una idea política cualquiera pueda llegar a germinar y arraigar en el alma de una nación, si no corresponde a un poderoso sentimiento colectivo. El imitador podrá fabricar artificialmente una Constitución política o un sistema económico o social; podrá llegar hasta arrastrar transitoriamente tras su concepción a grupos sociales más o menos importantes. Pero jamás logrará formar con sus fantasías una conciencia colectiva. Para que ésta se constituya, es indispensable que la nueva ideología sea el reflejo de un anhelo larga y profundamente sentido por el pueblo; que éste la reciba como algo propio; que, como ya dijimos más arriba, la ‘sienta’, aunque sea sin comprenderla racionalmente.

El fascismo reviste esta particularidad. Al revés de todas las doctrinas de renovación política y social exparcidas por el mundo en los últimos cincuenta años, tiene el fascismo la característica de no requerir, para ser comprendido por la masa, de una explicación que podríamos llamar racional. Todas las exposiciones doctrinarias que acerca de él puedan hacerse, carecen de importancia frente a su incontenible fuerza de penetración espiritual. Mientras las demás ideologías son esencialmente racionalistas y requieren, para su comprensión, de cierta preparación intelectual, el fascismo penetra en el corazón del pueblo en la misma forma que le hace un sentimiento religioso. Podríamos, a este respecto, decir que el fascista no se convence, sino que se ‘ilumina’. Repentinamente ve y siente la verdad. Experimenta la sensación de llenársele un vacío interior. Algo que se mantenía en su espíritu latente e informe, se torna bruscamente en realidad.

Esta característica peculiar de la penetración fascista en el alma de la multitud, constituye la prueba concluyente de la "verdad" de sus concepciones. Si se tratara de un simple fenómeno de imitación, sería del todo imposible que el mismo se difundiera, con caracteres casi místicos, precisamente en las capas inferiores de la sociedad y entre la juventud. Es allí donde se depositan los sentimientos primarios del pueblo, aquellos que no han sido deformados por prejuicios de orden intelectual o falsamente científico. En el pueblo y la juventud predominan, sobre el intelectualismo, las fuerzas de la sangre y del espíritu, y son estas fuerzas las que forjan los destinos de las naciones. Sólo las ideologías capaces de penetrar tales fuerzas y de encauzarlas, tienen destino histórico.

Tenemos, entonces, que el fascismo no es una doctrina, sino una fuerza social. Es, como ha dicho un diputado conservador, un "hecho eminentemente sentimental". Todos los grandes movimientos populares que han dejado honda huella en la historia— el Cristianismo, las Cruzadas, la Reforma, la Revolución Francesa, las guerras americanas de la Independencia— revistieron este mismo carácter. Todos ellos fueron hechos con el corazón y no con el cerebro.

El más formidable de los errores de los ideólogos del liberalismo consiste en su pretensión de encuadrar las transmutaciones políticas y sociales de los pueblos dentro de moldes doctrinarios: en su afán de formular "teorías del Estado". Al proceder en esta forma, olvidan que la política es, ante todo, realidad; olvidan que las naciones son organismos vivos, sometidos en su estructura y evolución a leyes naturales, contra cuya acción nada puede la voluntad del hombre.

El fascismo es, pues, una fuerza cósmica, espontánea y

natural, por cuyo motivo todas las resistencias que se opongan para impedir su avance resultarán estériles. Es tarea ociosa averiguar si los pueblos de Occidente desean el régimen fascista o si lo necesitan; lo positivo y real es que dicho régimen está destinado a imponerse. Ni el feudalismo, ni el absolutismo monárquico, ni la democracia se impusieron porque los pueblos así lo desearan o porque se dieran cuenta de que tales regímenes les eran necesarios para su subsistencia. Se impusieron, simplemente, porque el curso del suceder histórico así lo exigió.

En igual forma deberá imponerse el fascismo en el mundo occidental. Tratar de impedir su implantación, envuelve una ridícula rebelión contra las leyes que gobiernan la existencia de los pueblos, rebelión que sólo podrá traer por consecuencia un violento desate de esas fuerzas, que precipitaría al mundo en la más tremenda de las anarquías.

Conviene, sin embargo, advertir que la circunstancia de ser el fascismo un hecho ineluctable, una fuerza social, no impide su estructuración en formas orgánicas. Muy al contrario. Tal vez la característica más singular del fascismo es su firme voluntad de perpetuación. Todo su afán se dirige a dar satisfacción a este vehemente anhelo. Para ello disciplina y jerarquiza a la nación; da vida a una nueva aristocracia, encargada de mantener y transmitir por generaciones la tradición fascista; educa a la juventud en el nuevo espíritu del régimen, con la mira de inculcar ese espíritu en todos los habitantes, como una segunda naturaleza. Empleando el lenguaje de Spengler, podemos decir que la organización fascista tiende a mantener permanentemente "en forma" a la nación.

No puede negarse, sin embargo, que, en su primera eta-

pa, el nuevo régimen tendrá que estar encarnado en un hombre. Pero esto no es sólo una característica del fascismo, sino que de toda forma política naciente. Las grandes monarquías tradicionales— que también fueron hechos sociales y no doctrinas— tuvieron, cada una de ellas, su origen en un hombre. Idéntico fué el origen del régimen democrático representativo. Así, por ejemplo, la Constitución chilena de 1833 carecía, en sí misma, del más mínimo valor político, por mucho que fuera su mérito jurídico. Su fuerza no la extrajo de la letra de sus disposiciones, sino que de la acción del hombre que dió vida real al régimen.

Pero la obra del creador político carece de alcance, si no consigue despersonalizarla y forjar en torno a ella una tradición, que la prolongue después de su muerte. Es ésta la parte más difícil de la tarea, en la que fracasaron hombres como Napoleón. Portales, en cambio, supo salvar dicha dificultad en forma admirable, por lo que su ejemplo deberá servir de inspiración a los forjadores del nuevo régimen chileno.

Ese nuevo régimen, lo repetimos, deberá necesariamente encuadrarse en las líneas universales del fascismo, que es la única fuerza capaz de volver a dar a la vida política de los pueblos de Occidente una forma orgánica y contenido histórico. La tarea del hombre de Estado no puede ir más allá de saber comprender esta realidad y extraer de ella las máximas posibilidades para el desenvolvimiento futuro de su nacionalidad.

En consecuencia, la misión del NACISMO es constituir en Chile ese nuevo Estado del futuro, sobre la base de la realidad fascista.

V

POLITICA NACIONAL, EN VEZ DE POLITICA DE  
PARTIDOS

La característica que más diferencia la concepción democrático-liberal del Estado de nuestra concepción nacional-socialista o fascista del mismo, radica en la función esencial que aquélla asigna a los partidos políticos como organismos generadores y directores del gobierno, función que no les reconoce el fascismo. Este, al contrario, considera que los partidos políticos constituyen un obstáculo insalvable para la realización de un verdadero Gobierno Nacional.

El hombre liberal no concibe un Estado que merezca este nombre, sin que en él existan partidos políticos, en el sentido de corrientes de opinión que se disputan el poder. Esta concepción del Estado es una consecuencia lógica del fundamento doctrinario que el gobierno y la política tienen para el liberalismo.

Si el arte de gobernar se hace consistir en la lucha por llevar a la realidad concepciones abstractas y más o

menos ideales acerca de la forma de vivir de los pueblos, la tendencia a dividir la colectividad nacional en facciones que levanten como bandera alguna de esas concepciones, parece explicable y aún necesaria. Es evidente que si las sociedades humanas son cuerpos maleables y susceptibles de amoldarse a las formas e instituciones que los hombres deseen imprimirles a voluntad, lo justo y natural parezca que sus miembros puedan agruparse y constituir fuerzas colectivas destinadas a dar al cuerpo social una hechura determinada. La sociedad, para el político liberal, no es más que la suma numérica de sus componentes individuales, por lo que, al permitir y aún exigir que éstos se agrupen en partidos, no hace el liberalismo más que procurar al cuerpo social los órganos indispensables para que sus miembros puedan manifestar prácticamente la voluntad de vivir en las condiciones que más agrade a la mayoría.

Esta manera de concebir la sociedad y el Estado, es de un simplismo a toda prueba. Desde luego, se parte en ella de la base errada de que las sociedades humanas no son otra cosa que una reunión material de personas, sometidas a las leyes que se impongan voluntariamente sus componentes. Las fuerzas de la tradición y de la herencia, los sentimientos y los afectos subconscientes, la psicología colectiva, totalmente diversa y ajena a la individual, no cuentan en nada para los ideólogos del liberalismo. La humanidad marcharía según ellos al impulso de la razón y de la lógica; no comprenden que el suceder histórico es encauzado por fuerzas naturales, del todo independientes de la voluntad humana.

Un conjunto de individuos reunidos en una asamblea o en un partido, por numeroso que sea, dista mucho de cons-

tituir la sociedad o una fracción de la misma. En los componentes de una nación no entran sólo los hombres que materialmente la integran. La nación es algo más que un simple hacinamiento humano. Es un cuerpo vivo, dotado de alma, que posee una voluntad que no se halla reflejada en un mayoría numérica ocasional, y que tiene un destino y una trayectoria vital propia. La nación es un todo orgánico, que actúa y vive con independencia de la voluntad de los hombres que forman parte de ella.

De aquí que pretender encarnar la voluntad racional en facciones y partidos, no pase de ser una tremenda ingenuidad. La voluntad accidental de una masa numérica, nada tiene que ver con aquélla. Los programas de los partidos no dejan de permanecer en el terreno de las utopías, por el hecho de contar con la aprobación de la mayoría, ni aún de la totalidad de los habitantes de un país. Así, por ejemplo, aunque mañana todos los chilenos renunciaran voluntaria y espontáneamente al derecho de propiedad, no por eso el régimen comunista sería viable entre nosotros. Y esto que decimos de la propiedad, es aplicable a incontables sentimientos, afectos y apetitos contra los que nada pueden las voluntades individuales, por numerosas que sean.

Por otra parte, el régimen de asambleas — asambleas de partidos, parlamentos, comicios electorales — que sirve de base a la concepción partidista del gobierno, se caracteriza por su absoluta ineficacia política. Las asambleas son del todo impotentes para abordar la solución de cualquier problema, por sencillo que sea. Compuestas de elementos de las más variadas condiciones intelectuales, morales y sociales, constituyen un conjunto heterogéneo y

una consistencia. La lógica de masa que en ellas impera es en extremo simplista e irreflexiva. Sus decisiones las adoptan, por lo general, sin ninguna meditación y sin detenerse a medir su alcance. Basta la palabra de uno o dos oradores de prestigio en el grupo para que éste se manifieste decidido y opte, sin mayor examen, por las soluciones más absurdas y aventuradas. Las voces de la razón y la cordura sólo rara vez logran convencerlas; mucho más pueden sobre ellas los arranques fogosos y los gestos grotescos de los demagogos. Apasionadas hasta el frenesí, desconocen toda transigencia, por lo que son capaces de cometer los peores atropellos y las más inicuas injusticias.

Las asambleas políticas son las grandes enemigas de las superioridades. Para elegir a sus dirigentes y representantes no se atienen a la capacidad ni a la integridad moral de los hombres, sino que a ciertas cualidades superficiales y principalmente a las condiciones oratorias. Una frase sin sentido, pero altisonante y dicha con fuego, o un gesto insincero, pero vehemente, tienen para una asamblea mucho más mérito que largos años de labor eficiente en beneficio de los intereses colectivos. Incapaces de ejercitar otra actividad que la palabra, se manifiestan ineptas para apreciar el valor de los hechos. La frase lo constituye todo para ellas. La acción eficaz y constructiva la consideran siempre algo secundario.

De todo lo expuesto, fluye la forzosa incapacidad de los partidos políticos para hacer gobierno. Sostener lo contrario, es no sólo ignorar la psicología política, sino que importa, también, desconocer las realidades de la historia.

Desde luego, a quienes preconizan la subsistencia de los partidos como órganos indispensables de gobierno, es

preciso recordarles que dichos organismos no han existido bajo régimen alguno, fuera del democrático-representativo. Y aún dentro de este régimen, han demostrado su incapacidad cada vez que les ha tocado intervenir decisivamente y sin contrapeso en la marcha de los negocios públicos. Así lo prueba de un modo irredargüible la historia política nacional.

En Chile, no hemos vivido en régimen de partidos propiamente tal sino después de 1891. Con anterioridad a esa época ya existían partidos políticos, pero éstos no gobernaban. Aún más, hasta el término del decenio de don Manuel Montt el régimen de partidos fué totalmente desconocido entre nosotros. Ni ese mandatario, ni Bulnes, ni Prieto gobernaron con partidos políticos. Muy al contrario: tanto Portales, como Montt y Varas fueron los más encarnizados adversarios de los partidos. El mérito inmortal del primero consiste, precisamente, en haber sabido aniquilar y dispersar las pandillas partidistas que desde hacía siete años tenían sumido al país en la anarquía.

Cuando el partido Conservador pretende reivindicar para sus banderas la figura gigante de Portales, lo hace sin tener el más mínimo título para ello. La creación política de Portales no tiene nada que ver con el ultramontanismo surgido dos décadas después de la muerte de aquél. La obra portaliana fué la encarnación de un sentimiento nacional. No tuvo una doctrina, ni mucho menos un programa. Portales, con su visión extraordinaria, comprendió que la única posibilidad de estabilizar las instituciones de la República radicaba en conseguir que la estructura del Estado reflejara fielmente el espíritu nacional de la época. No fué, por lo tanto, un mezquino afán de predominio absolutista el que lo indujo a aniquilar a los partidos polí-

Alcos, sino que la intuición de que las fantasías doctrinarias y jurídicas de los mismos eran por completo ajenas al sentir de la nación.

Sólo en el segundo quinquenio de la presidencia de Montt empiezan a tomar cuerpo en Chile los partidos como elementos directores del gobierno. De entonces data el actual partido Conservador, y también entonces la corriente opuesta adopta la forma organizada del partido Liberal. En cuanto a los partidos Radical y Demócrata, sólo vinieron a tener influencia efectiva en la política chilena en las postrimerías de la prepotencia partidista.

El período de nuestra historia comprendido entre los años 1860 y 1891 se caracteriza por la lucha entre el viejo espíritu nacional, realista y práctico, y las nuevas tendencias doctrinarias que germinaban en el seno de los partidos y se manifestaban bulliciosamente en sus asambleas. El espíritu liberal invade lentamente las esferas del Gobierno. Los verdaderos intereses nacionales son dejados de mano, para dar lugar a las disensiones, cada vez más violentas, de orden dogmático. Problemas como el de los cementerios laicos, de la libertad de enseñanza, del matrimonio civil, constituyen las aristas más salientes de las contiendas políticas de ese período.

Materialmente, esta lucha entre el viejo y el nuevo espíritu, entre los estadistas y los ideólogos, entre los políticos de legítimo cuño y los conductores de asambleas, fué decidida en los campos de batalla de Concón y Placilla. Pero, ya antes de que la victoria de los partidos se decidiera por las armas, ella había sido conquistada en las conciencias de la clase dirigente. Esta se había dejado sugerir, hacía ya mucho tiempo, por el diletantismo doctri-

nario de Lastarria y sus discípulos. La intuición política, ese buen sentido que caracterizó a nuestros gobernantes de las primeras décadas de la República, habían sido supeditados por el racionalismo presuntuoso de la nueva generación y por la mística doctrinaria de las asambleas.

El triunfo de la Revolución significó la implantación en Chile del genuino régimen de partidos. Los gobiernos nacionales que hasta entonces habían regido los destinos del país fueron sustituidos por gobiernos de facciones.

Desde ese instante, se abre un gran paréntesis en la historia política chilena. Posesionados los partidos del poder, sus personeros se dedican, durante treinta años, a entretener sus ocios en estériles debates de asambleas, en derribar Ministerios y en preparar y ganar elecciones. La política de gran estilo, típicamente nacional, de los primeros tiempos de la República, cede el paso a las pequeñas maniobras de círculos y a las querellas e intrigas de salón. En ninguno de estos actos toma parte el país. La fuerza de la tradición lo impele a seguir dócilmente los manejos de los grupos políticos santiaguinos, pero, en el hecho, el divorcio de éstos con la conciencia nacional es absoluto.

Durante esos treinta años la República continúa viviendo con relativa normalidad, a pesar de sus Gobiernos. La obra de Portales y de Montt y Varas había sido de tal manera sólida, que casi un siglo después de realizada continuaba proyectando sobre las instituciones nacionales el sello de austeridad y de respeto que aquellos estadistas le imprimieron. En el fondo, sin embargo, la descomposición hacía su camino.

La conmoción popular de 1920 señala el término de esta era de predominio de los partidos políticos. El divo

cio entre la gestión gubernativa y el sentimiento nacional se había hecho tan profundo, que hubo de producirse el desenlace inevitable. La nación se rebeló violentamente contra esa política de círculos que la conducía a la ruina, y contra la oligarquía que durante treinta años había sido su personero.

1920 fué la revancha de 1891. El triunfo obtenido en las urnas por Alessandri significó el repudio del electorado a la prepotencia partidista; fué la manifestación enérgica de la voluntad popular de volver a tener un gobierno legítimamente nacional.

Rotos los lazos que impedían la exteriorización del sentimiento colectivo, éste busca, desde entonces, las nuevas formas que lo encaucen. No otra cosa significan los violentos vaivenes que hace ya diez años experimentan las instituciones del país. Librada de la tiranía partidista, la nación no desea, por ningún motivo, volver a ella, y a esto se deben sus incontenibles gestos de rebelión cada vez que los restos de las antiguas facciones pretenden reasumir la dirección del Estado.

Un GOBIERNO NACIONAL, libre de la influencia partidista y no entrabado por tiranías doctrinarias, es lo que el país anhela. Realizar este anhelo es la alta finalidad del Nacismo; y para llevarla a cabo, será necesario recurrir a los mismos drásticos procedimientos empleados por Portales, o sea, deberán destruirse con mano de hierro todas las facciones y corrientes doctrinarias que, con sus luchas estériles, mantienen a la nación en constante agitación y revuelta.

Sólo la total y absoluta eliminación de los partidos políticos permitirá que el Gobierno chileno vuelva a manos

de hombres de cuño de estadistas, tal como sucedió hasta antes de 1891. Y este retorno a los gobiernos encarnados en la voluntad resuelta y consciente de un pequeño número de hombres de selección, señalará para nosotros la iniciación de una nueva y brillante era de política de gran estilo.

Es, en efecto, uno de los más falsos postulados de la democracia liberal, el que sustenta la eliminación del individuo como factor decisivo en la dirección de los pueblos. La afirmación, genuinamente liberal, de que lo esencial en política son los principios, las doctrinas, los programas, y no los hombres, es absurda. Tan falsa y gratuita es esta afirmación, que para convencerse de ello basta recordar que la gran historia, o sea, la única digna de ser recordada, no es sino una sucesión de biografías. Todos los acontecimientos históricos de entidad tienen a la cabeza a un hombre, y los períodos en que las grandes personalidades no logran destacarse, sólo dejan a la posteridad extensas lagunas. Así sucede, por ejemplo, con la etapa de la vida política chilena comprendida entre 1891 y 1920, que se caracteriza por su absoluta vaciedad histórica, debido a que los hombres fueron en él absorbidos por la masa de las asambleas de los partidos y del Congreso.

La concepción fascista del gobierno y de la política tiende a devolver a los individuos el rol que les corresponde en la historia. La dirección de la cosa pública debe retornar a manos de las personalidades fuertes y selectas de cada generación, únicas capaces de imprimir a la política los rumbos enérgicos y definidos que la misma requiere hoy más que nunca.

Es ésta la diferencia fundamental que existe entre la

vieja política y la nueva. Aquélla descansó sobre doctrinas; ésta volverá a descansar sobre hombres. Las doctrinas y los dogmas políticos carecen de poder para imponer a los pueblos una línea definida de conducta y mantenerlos en forma. Sus necesidades y exigencias no se satisfacen con abstracciones dogmáticas: ellas requieren, sobre todo en este siglo, acción enérgica, clara y definida, y ésta sólo pueden proporcionarla los hombres de voluntad decidida y fuerte.

Podríamos decir que en el Estado Nacista, en vez de política, habrá políticos, en la más noble y viril acepción de esta palabra. En vez de doctrinarismos y concepciones metafísicas del gobierno, habrá ideales basados en la realidad de los hechos y modelados por las necesidades y circunstancias de la época. En vez de mayorías irresponsables, ejercerán el poder individuos responsables; en vez de programas vagos y utópicos, habrá acción precisa y real.

En este nuevo período de la vida nacional, el fardo del gobierno será, sin duda, más pesado de lo que fué en el período fenecido. Las responsabilidades no podrán ya diluirse en parlamentos o asambleas, pues ellas recaerán, directa y nítidamente, sobre los estadistas que tengan en sus manos el poder. Pero esto, lejos de ser un inconveniente, constituirá el mayor incentivo para los hombres que se sientan con verdadero temple político, para aspirar al mando. El político de alto bordo no elude las responsabilidades, sino que las busca, y en este deseo de vencer en lucha abierta con los acontecimientos reside su mayor fuerza.

Con todo, esta tendencia del Nacismo a depositar el gobierno en manos de algunos hombres con amplias facultades, no significa, en manera alguna, auspiciar el entro-

nizamiento de tiranías personalistas. Al contrario y como ya lo hemos manifestado, la finalidad esencial del Nacismo va dirigida a terminar con el personalismo político, imperante en Chile desde el derrumbe de la democracia liberal. Pretendemos crear un Estado fuerte, muy fuerte, pero encuadrado dentro de un sistema constitucional perfectamente delineado y definido.

El Nacismo aspira a formar un gobierno cuya autoridad no sea el reflejo del capricho de los hombres que el azar lleve a asumir el poder, sino que emane de un sistema político transformado en tradición; de un sistema en que, gracias precisamente al juego regular de las instituciones, la dirección del Estado caiga siempre en manos de hombres de selección; de un sistema que elimine la actual generación anárquica e irresponsable de los poderes del Estado, e implante, en su lugar, un gobierno generado por la voluntad consciente y organizada de todas las fuerzas de trabajo de la nación.

VI

ARISTOCRACIA DEMOCRATICA.

Según el sistema democrático-liberal de representación popular, la selección política de los ciudadanos debe efectuarla la masa anónima y amorfa. En otras palabras, en su afán de igualar los derechos políticos de todos, la democracia liberal se vió en la necesidad de descender hasta los más bajos escalones de la condición humana, para encontrar en ellos el individuo que sirviera de común denominador en el ejercicio de esos derechos. Resultado de este procedimiento ha sido la exaltación de la mediocridad, primero, y de la incompetencia, la inmoralidad y el caudillaje, después.

Para reaccionar contra estos males no cabe sino recurrir al único sistema selectivo racional, a saber: que los gobernantes sean escogidos entre los mejores y por los mejores. Es absurdo encomendar la selección de los más aptos y honrados a la masa inepta e irresponsable, y es torpe dar la misma opción política a los capaces y a los incapaces, a los hombres de trabajo y a los ociosos, a los

que laboran por el bienestar del pueblo y a los que explotan al pueblo.

La verdadera democracia, la única susceptible de dar a los pueblos un gobierno digno de recibir el nombre de tal, no consiste en el dominio omnipotente de la voluntad de las multitudes, ni en la nivelación sistemática de las condiciones y capacidades de los individuos. Los naturalmente más capaces tienen el derecho y aún el deber de triunfar en la vida, y el papel de la democracia sólo puede consistir en proporcionar a cada cual la oportunidad de surgir, según sus facultades y aptitudes. Todo lo que vaya más allá de estos límites no es democracia: es demagogia.

La democracia, tal como la entendemos los nazistas, está, pues, estrechamente ligada a los conceptos de jerarquía y disciplina. La base popular de los gobiernos reside, según ella, en la igualdad de las posibilidades que se otorgan a los individuos para escalar hasta los más altos puestos del Estado. Todo ciudadano, cualquiera que sea su origen o actividad, tiene derecho a aspirar a los cargos y honores públicos, y la colectividad está en la obligación de proporcionarle las oportunidades de conseguirlo. Mas, para tener opción a desarrollar esas posibilidades, debe forzosamente aprender a someterse a las jerarquías sociales. Quien desee mandar, debe previamente haber aprendido a obedecer. Un pueblo sin disciplina, sin respeto a las jerarquías, no podrá aspirar jamás a ser bien gobernado. Un Estado en que el último de los ciudadanos se considere con iguales capacidades que el primero, es un Estado anarquizado.

Es, por consiguiente, misión del Nazismo constituir, sobre bases democráticas, un gobierno aristocrático. Aris-

tocracia y democracia no son para nosotros conceptos antagónicos. Muy lejos de eso: la aristocracia, o sea, el gobierno de los mejores, constituye la natural resultante de una democracia sana. El gobierno pertenece al pueblo, pero no considerado éste como masa amorfa, sino como generador consciente y organizado de una clase dirigente. Todos tienen derecho a intervenir en el gobierno, pero sólo los mejores pueden llegar a realizar prácticamente ese derecho. El solo hecho del nacimiento abre al hombre el camino que conduce al poder, pero ese camino no podrán recorrerlo sino los naturalmente llamados a ello.

Habrá, pues, una aristocracia nacista; pero ella será de extracción genuinamente democrática. Los más capaces, los más honrados, en una palabra, los mejores, por modesto que sea su origen, surgirán del anonimato y pasarán a ocupar el lugar que por sus méritos les corresponda. Las jerarquías sociales no se producirán, como ahora, por consideraciones de nacimiento o de dinero, sino que en atención, exclusivamente, a los merecimientos de cada cual.

Este concepto democrático de la aristocracia permitirá que la clase dirigente, o sea, la que tendrá en sus manos las responsabilidades del gobierno, permanezca en constante renovación. Ajena esa clase al espíritu de casta y abiertas a todo individuo las posibilidades de ascender hasta los más altos escalones de la vida, no surgirá el peligro del anquilosamiento de la esfera social superior, pues la savia que ésta recibirá permanentemente desde abajo, le dará fuerzas para mantener su lozanía y vigor.

Nuestra primera tarea debe, según esto, ir dirigida a dar vida a esa aristocracia que habrá de constituir el cimiento del nuevo Estado. Es necesario formar en Chile una

nueva clase dirigente, que venga a ocupar el lugar de la vieja aristocracia liberal.

Porque lo que hoy recibe entre nosotros la calificación de aristocracia, no conserva de ella más que el nombre. Carecemos actualmente en Chile de una clase gobernante. En vez de ésta, sólo existe una plutocracia, exenta de dignidad y de distinción. La vieja tradición aristocrática, con sus estrictos conceptos del honor, del cumplimiento del deber, con sus costumbres virtuosas y austeras, se ha extinguido totalmente, absorbida por un materialismo lascivo e insultante. Nuestra mal llamada aristocracia no es ya el reflejo y la continuadora de los viejos hábitos patricios; no es ya el dique opuesto a la marea destructora de las virtudes y costumbres tradicionales de la raza, sino que, muy por el contrario, se destaca como la avanzada del modernismo y de la corrupción. La medida de sus jerarquías la proporciona el dinero, ante cuya majestad se prosternan hasta los más rancios abolengos.

Por otra parte — y esto, aunque doloroso, es necesario decirlo — nuestra clase alta está degenerada intelectual y espiritualmente. Ya no produce ella ese tipo de hombre superior, con voluntad y capacidad para tomar sobre sí las tareas del poder. El vigor de su sangre se ha agotado; los cerebros de sus hombres se empequeñecen de generación en generación. La vida sibarita y regalada les ha hecho perder toda energía de carácter, imprimiéndoles un verdadero horror a las responsabilidades del mando.

Ahora bien, la nación que carece de una aristocracia sana y vigorosa, está imposibilitada para mantener formas políticas duraderas. Y es por esto que el Nacismo habrá de dar vida a una nueva aristocracia chilena, que pase a

ser la depositaria del espíritu y de las virtudes nacistas, y los legue a las generaciones futuras, para la perpetuación del régimen.

Pero esta nueva aristocracia será fundamentalmente diversa de lo que hoy conocemos bajo este nombre. Desde luego, ya hemos manifestado que estará exenta de todo espíritu de casta y que se mantendrá en constante renovación. Ni el nacimiento, ni el dinero serán los factores que decidan el ingreso o la permanencia en la clase gobernante, sino que, exclusivamente, los méritos de cada cual. Quien pertenezca a la misma deberá dar pruebas, en todos los actos de su vida, tanto públicos como privados, de la más estricta corrección, y estará sometido, con excepcional rigor, a los deberes en pro de la colectividad y de la patria que impone el Nacismo. Pertener a la aristocracia nacistá será una honra, a la que sólo podrán aspirar los que, mediante una rigurosa selección, acrediten poseer méritos y aptitudes para incorporarse a ella.

Este afán de dar vida a una nueva clase dirigente es el que impulsa al Nacismo a ser extremadamente severo, tanto en la selección de los hombres que ocupan cargos directivos en sus filas, como en el control de la conducta de los mismos. Es este mismo afán el que lo impulsa a buscar de preferencia sus adeptos en la clase media y en las capas superiores de las clases obreras y campesinas, por cuanto allí se encuentran los elementos más sanos y adaptables a las nuevas formas de vida individual y colectiva que propicia. Y es, finalmente, esta misma necesidad de dar nacimiento en sus filas a la clase social que mañana habrá de modelar las nuevas formas del Estado y de la sociedad, la que lo impulsa a dirigir sus miradas de prefe-

rencia a las provincias, como las más seguras generadoras de esa clase dirigente, por la razón de que en ellas se conservan casi intactas las viejas tradiciones y virtudes de la raza.

VII

ESTADO CORPORATIVO

Dijimos al comenzar este estudio que la función natural del Estado moderno es servir de órgano director y regulador de las actividades individuales, especialmente en el terreno económico. Los fantásticos progresos realizados por la técnica industrial, han traído como consecuencia lo que podríamos llamar una hipertrofia de los procesos económicos. Las leyes económicas naturales se han visto entorpecidas en su juego regulador de las actividades comerciales e industriales, debido a la creciente acumulación, en manos de un reducido número de individuos, de los elementos de producción y de consumo que son indispensables para el desenvolvimiento de las naciones y la satisfacción de sus necesidades vitales. Esos individuos o grupos se han constituido, de esta manera, en árbitros de la vida de los pueblos, los que se ven sometidos, en forma cada vez más tiránica y violenta, a los caprichos sin control ni contrapeso de los grandes banqueros y especuladores internacionales. Dicho fenómeno ha adquirido tal potencia e inten-

sidad, que, en mayor o menor escala, domina él actualmente todas las actividades económicas.

Frente a esta acción de los agiotistas y explotadores del esfuerzo colectivo, la gran masa de la población permanece indefensa, por cuanto carece de una fuerza organizada capaz de resistir la presión que aquéllos ejercen sobre ella. Y ante esta impotencia, ha tocado al Estado tomar sobre sí la representación de la colectividad, para hacer pesar su autoridad y los fuertes recursos que le concede su situación privilegiada, como un medio de restablecer el equilibrio de la balanza.

Esta necesaria y prepotente intervención del Estado en las esferas de la economía, hacen del todo indispensable estructurarlo en forma que le sea posible dicha intervención de un modo amplio y eficiente. Mientras la función del Estado no pasó de ser simplemente policíaca, su organización pudo descansar sobre bases más o menos metafísicas y abstractas. El reconocimiento y la mantención de las libertades individuales constituyó, en ese período de la historia, el eje de toda la acción gubernativa. Pero, desde el momento en que esa concepción metafísica del Estado ha sido reemplazada por la nueva concepción empírica de mismo, es indudable que su organización no puede ya continuar descansando sobre aquellas bases.

La libertad, ha cedido su lugar al trabajo, como fin supremo de la existencia humana. Los pueblos ya no claman por libertad, en el absurdo alcance liberal de este concepto sino que claman por trabajo. La lucha por la vida ha llegado a tal paroxismo de crudeza y de rigor, que las naciones que deseen triunfar en ella, se ven en la necesidad imprescindible de dirigir hasta las más recónditas de su

energías a un fin único y supremo: producir. La voz de orden de la hora presente no puede sino ser ésta: trabajar el máximo, para producir el máximo. La marcha de la humanidad no le permite ya detenerse o distraer sus energías en luchas de orden sentimental o doctrinario. La vida ha perdido su romanticismo de antaño: trabajo y más trabajo, es ésta su única posibilidad actual.

La orientación, el estímulo y la defensa del trabajo, en todos sus aspectos, constituyen, pues, el motivo y la razón de ser del nuevo Estado. Lógico es, entonces, e indispensable, que su organización y poderío se fundamenten también en las fuerzas del trabajo. Esto significa, en otras palabras, que la estructura política del Estado de mañana deberá forzosamente descansar en los organismos que representen el trabajo nacional.

Por consiguiente, en el Estado Nacista los viejos partidos liberales serán reemplazados por entidades constituidas a base de trabajadores, en la más vasta acepción de este calificativo. Obreros y empresarios, trabajadores del músculo y del cerebro, en una palabra, todos los que laboren en alguna forma por el progreso general tendrán cabida en esos organismos. Sólo los ociosos, los explotadores del trabajo ajeno, los parásitos sociales, quedarán excluidos de este concierto grandioso.

Contra esta concepción corporativa del Estado se invoca el argumento de que ella es imposible de realizar en Chile, por carecer nuestro pueblo de conciencia y de práctica corporativas. El corporativismo, se dice, está muy distante de haber llegado en nuestro país a un grado de desarrollo que permita pensar siquiera en su incorporación en el organismo estatal. El espíritu de agremiación es tan in-

ciente entre nosotros, que cualquiera tentativa de hacer de las corporaciones mecanismos oficiales de acción política y social, estaría condenada al más rotundo fracaso.

A estas objeciones, debemos contestar que la actual carencia de organismos gremiales de entidad, lejos de constituir un inconveniente para la formación del Estado Corporativo, es una apreciable ventaja. El mayor obstáculo con que la formación de las corporaciones fascistas ha tropezado en Italia ha sido, precisamente, la porfiada resistencia que al nuevo régimen han opuesto las antiguas corporaciones de estructura liberal. El concepto corporativo liberal e individualista — según el cual las corporaciones no son más que asociaciones de defensa de los intereses privados de sus miembros, sin ninguna mira de defensa y representación del interés de la colectividad nacional — se hallaba ya tan profundamente arraigado en la masa de la población, que ésta se ha resistido a asimilar los nuevos conceptos corporativos del fascismo. Una buena parte de los trabajadores y empresarios han visto en el Estado Corporativo una restricción a los ilimitados derechos de defensa de sus conquistas o privilegios que les concedía el viejo régimen. Es evidente, en efecto, que al someter el fascismo la agremiación a normas legales uniformemente obligatorias y a un severo control gubernativo, y al imponer, además, a los gremios y corporaciones así creados graves deberes para con el Estado, ha restringido la libertad de acción y la irresponsabilidad en que hasta entonces habían vivido esos organismos, lo que ha motivado roces y dificultades en la implantación del nuevo sistema.

Entre nosotros, estas dificultades quedarán reducidas a un mínimo, debido a que existirá la posibilidad de ope-

rar en un terreno casi virgen. Los intereses gremiales actualmente existentes son de escasa importancia, por lo que no podrán ofrecer una resistencia apreciable a las reformas que se implanten.

En cuanto al espíritu de agremiación propiamente tal es errado sostener que el mismo **no exista** en nuestro pueblo. Aquí, como en el resto del mundo occidental, la tendencia de los hombres a agruparse por profesiones y oficios es manifiesta y de día en día más acentuada. Si dicha tendencia no se ha traducido en un mayor incremento del corporativismo, ello se debe al desquiciamiento social y moral en que vivimos, desquiciamiento que impide la concreción de las más sentidas y evidentes aspiraciones populares en conjuntos homogéneos y sólidamente cimentados.

Es esta misma incapacidad para concretar los anhelos de la masa en formas orgánicas, la que en Chile justifica y exige la intervención del Estado como propulsor y regulador del régimen corporativo. La agremiación libre, desligada de la tuición oficial, aún en el supuesto de que fuera teóricamente conveniente, sería irrealizable entre nosotros como medida con proyecciones nacionales, por la ausencia de disciplina colectiva que se observa en todas las capas de nuestra sociedad.

Los organismos gremiales serán, pues, las células matrices del nuevo Estado Nacista. La masa amorfa será reemplazada en él por el pueblo organizado y jerarquizado conforme a las diversas actividades del trabajo. Los gremios, agrupados a su vez en corporaciones y sometidos a la tuición superior del Gobierno, serán los verdaderos representantes y conductores de las fuerzas productoras de

la nación. De ellos surgirán los organismos directivos de las actividades económicas, encargados de supervigilar las relaciones entre capital y trabajo, de orientar y regular los procesos de la producción y repartición de las riquezas, con la mira de promover el mayor bienestar general, y de eliminar las injusticias sociales y las luchas de clases que éstas provocan.

VIII

ESTADO SOCIALISTA

Cuando se habla de socialismo, se alude, por lo general, al marxismo económico, o sea, a las doctrinas que preconizan la colectivización de la propiedad, a base de la dictadura del proletariado.

Frente a esta concepción doctrinaria del socialismo, ha levantado el fascismo otra más humana. No se trata ya de una doctrina económica, sino que de un nuevo concepto de la vida. El socialismo fascista se aparta del terreno puramente especulativo en que se situó Marx para cimentar sus teorías económicas y sociales, y se coloca en un plano netamente objetivo y de acuerdo con la realidad.

El socialismo fascista no desconoce, como el marxismo, el derecho de propiedad individual, sino que afirma categóricamente ese derecho. La propiedad privada es la piedra angular de la cultura de Occidente, por lo que su negación importa pretender la destrucción de esta cultura.

Con todo, el concepto que el fascismo tiene de la propiedad es enteramente diverso del concepto liberal sobre la misma. Para el liberalismo, la propiedad es un derecho

esencialmente individual y privado. El poseedor de él tiene la facultad de hacer del objeto de su dominio el uso que más le convenga, sin otra limitación que la que puedan imponerle los demás individuos en el ejercicio del mismo derecho. Para la obtención y conservación de la propiedad, el liberalismo sólo impone la condición de que ella se adquiriera por medios jurídicamente lícitos, sin entrar a indagar las consecuencias sociales de la apropiación así obtenida, ni imponer al propietario otras obligaciones que las ordinarias de policía local y de satisfacción de las cargas tributarias que correspondan. Podríamos decir que, dentro de la concepción liberal de la propiedad, ésta viene a constituir el "botín" de la lucha por la vida: los más fuertes la conquistan para su pleno disfrute, y pueden hacer de ella el uso que más les venga en gana.

Para el fascismo, en cambio, la propiedad es una institución de finalidades esencialmente sociales. El hombre disfruta de este derecho, no para la simple satisfacción de sus necesidades personales o de sus apetitos de poderío y de riqueza, sino que con un fin de beneficio social y nacional. Los goces y las satisfacciones que proporciona el derecho de propiedad no constituyen una finalidad en sí mismos, sino que son sólo el medio de que se ha valido la naturaleza para impulsar al hombre al trabajo en beneficio de la sociedad. El individuo no sólo actúa para sí, sino que es un elemento integrante de ese todo superior que se denomina nación, razón por la cual sus iniciativas y actividades deben ir siempre dirigidas a incrementar el progreso y el bienestar de aquélla.

En consecuencia, dentro de la concepción fascista de la propiedad, el uso que de los derechos que ella confiere pue-

de hacer el hombre individual, está restringido por la finalidad social de la misma. En otras palabras, puede el individuo disfrutar de la propiedad, pero siempre que con este disfrute beneficie también los intereses superiores de la nación.

El socialismo fascista debe, pues, definirse como la afirmación de la primacía de la sociedad sobre el individuo. Este no obra jamás como entidad aislada e independiente, sino que en todos sus actos se desempeña como miembro de la comunidad nacional. Es por ello que tales actos quedan sujetos al control superior del Estado.

Dentro de esta definición del socialismo, el fascismo otorga al Estado una amplia ingerencia directiva y orientadora en todas las actividades nacionales. Al Estado le corresponde dirigir y encauzar la iniciativa particular, con el objeto de hacerla rendir el máximo de eficiencia en beneficio del interés general; es él quién debe reprimir las degeneraciones y vilezas del capitalismo parasitario y mantener el dinero dentro de su sana función de instrumento de producción y de progreso; es el Estado quien debe protección al que trabaja y asistencia al desvalido. El Estado, tal com el fascismo lo concibe, es el motor e inspirador supremo de la vida nacional en sus múltiples manifestaciones, ya sean éstas económicas, intelectuales o afectivas.

Toda la política social del Estado Nacista estará, según esto, encauzada para hacer converger las actividades particulares a un mismo fin superior de engrandecimiento espiritual y material de la nación. En persecución de esta alta finalidad, recibirán el más amplio estímulo y la más segura y eficaz protección de los poderes públicos todas las iniciativas que en alguna forma coadyuven a ella. Pero, a la

vez, deberán dichas iniciativas encuadrarse dentro de sólidos marcos de disciplina, de honestidad, de espíritu de trabajo y de cooperación social, por lo que serán implacablemente reprimidas y extirpadas aquellas que no reúnan tales condiciones.

Digimos en el capítulo anterior, que la base de la nueva conciencia nacional que formará el Nacismo es el trabajo, y que, por ello, la misión fundamental del Estado Nacista será la defensa y el estímulo del trabajo nacional. Ahora bien, por trabajo nacional debe entenderse todo esfuerzo útil dirigido, directa o indirectamente, a promover un mejoramiento de las condiciones morales o materiales de la nación. No distingue el fascismo entre el trabajo físico, el intelectual y el espiritual: lo único que le interesa es que sea útil. Socialmente, tiene tanto valor el esfuerzo del obrero que labora en la construcción de un puente o en la fabricación de una caja de fósforos, como el del agricultor que dirige las faenas de su fundo, del médico que cura a los enfermos, del religioso que lleva paz y conformidad a las conciencias, o del artista que acrecienta con su genio el acervo espiritual de la sociedad. Todos ellos realizan un trabajo beneficioso y necesario para la conservación y el mejoramiento del cuerpo y del alma de la nación. Todos merecen, por lo tanto, amparo y estímulo del Estado.

Cualesquiera que sean las diferencias de hábitos y medios de vida que puedan existir entre los elementos de las diversas clases sociales, el Estado no puede demostrar preferencia por ninguna de ellas. Todas, altas y bajas, contribuyen a la marcha del organismo nacional de la misma manera que todos los engranajes y ruedecillas de un reloj contribuyen a la marcha de éste, sin que pueda afirmarse cuál

de esas piezas es la más importante. Todas desempeñan una función dentro del mecanismo colectivo; todas deben moverse a compás y armónicamente, y es suficiente la descomposición de la más pequeña y modesta de ellas para que el mecanismo entero deje de funcionar.

Para el Estado deben ser iguales, por consiguiente, todas las clases en que se divide la sociedad. Sus esfuerzos no pueden ir dirigidos a favorecer a una de ellas en desmedro de las demás, sino que deben tender a producir entre todas un perfecto equilibrio. Es éste el fundamento del por qué el fascismo extirpa del seno de la sociedad la lucha de clases.

No se trata, como muchos podrían creer, de eliminar las clases en sí mismas. Es esto imposible, dadas las condiciones de la vida en sociedad y de la naturaleza humana. Y no sólo es imposible, sino que, además, no hay ninguna conveniencia en que suceda. La diversificación de las funciones sociales exige la agrupación de los hombres en clases, como único medio de promover el progreso y de hacer posible la vida en común. Así como para la subsistencia de un buen gobierno es indispensable que exista una aristocracia o clase gobernante, así también es necesaria, para la conveniente explotación de la tierra, la existencia de una clase de campesinos, y para la sólida y eficiente marcha de las industrias, la de una clase obrera.

El problema social contemporáneo no tiene su raíz en el hecho de existir estas clases sociales, sino que, más bien, en su desaparecimiento. Se ha destruído la aristocracia tradicional, quedando en su lugar sólo una plutocracia ávida de placeres y de lucro: se ha destruído la clase campesina, absorbida por las grandes urbes; se ha destruído la clase

de los artesanos, aniquilada por el maquinismo, y en su reemplazo no se ha logrado constituir una verdadera clase obrera, pues lo que se conoce bajo este nombre, sobre todo en Chile, no pasa de ser una masa miserable y amorfa.

Es por esto que el concepto de clase no sólo no será desterrado, sino que será rehabilitado por el Nacismo. Cada clase social debe constituir un conjunto orgánico, vivo, respetable. Deben existir un orgullo de clase y una tradición de clase. El obrero y el pequeño campesino deben sentirse tan satisfechos de su condición como el más encumbrado de los aristócratas. Cada cual debe comprender y hacer honor a la misión que le corresponde desempeñar dentro de la sociedad, y esforzarse por legar a sus hijos esos sentimientos. El ideal del campesino, debe ser que su hijo sea también campesino, para continuar y mejorar la obra de los padres. El hijo del zapatero debe ser educado en el orgullo de la profesión de sus mayores, y no creer que su misión es conquistarse un empleo público o un título universitario. Los excepcionalmente dotados para tales carreras es natural que aspiren a ellas, y aún es deber del Estado allanarles el camino para que puedan satisfacer sus aspiraciones. Pero esta es la excepción: la regla deberá ser la perseverancia en la profesión tradicional de la familia, o en otra similar.

Mas, para que pueda llegar a formarse una verdadera conciencia de clase, se requiere, fuera de toda duda, que quienes integran esas clases disfruten de un minimum de satisfacciones materiales y espirituales, que les hagan agradable y llevadera la vida. En las condiciones en que hoy por hoy vegetan nuestros obreros y campesinos sería simplemente un sarcasmo pretender inculcarles ese orgullo y

esa conciencia de clase a que nos acabamos de referir. Para que tal pueda suceder, será necesario, antes que nada, incorporar esos elementos a la vida social, levantarlos de su actual condición de parias y desechos humanos, mostrarles un panorama que no abarque sólo el barro de los conventillos, las alucinaciones alcohólicas y las llagas de la tuberculosis o de la sífilis.

Por consiguiente, el Estado Nacista iniciará, como primera medida de orden social, la más enérgica campaña de saneamiento y dignificación de las clases inferiores de nuestra sociedad. Para ello exigirá una amplia cooperación de las clases pudientes, cuyos miembros deberán concurrir a esta labor con su ayuda personal y con una importante porción de sus riquezas y ganancias. Una extensa y severa política de solidaridad de clases será la base de la acción social del nuevo Estado.

La Educación, la Administración de Justicia y la Asistencia Social serán los tres grandes agentes de que se valdrá el Estado para obtener esta incorporación de las clases proletarias al cuerpo social organizado. Mediante la Educación, proporcionará a los artesanos, obreros y campesinos las bases de moral y de cultura que hoy les faltan para una comprensión clara de sus deberes y de su misión; mediante la Administración de Justicia, les hará prácticamente asequibles los derechos que como miembros de la sociedad les corresponden, derechos de que hoy sólo disfrutaban en el papel, por causa de la inexistencia de una Administración de Justicia popular que merezca el nombre de tal; mediante la Asistencia Social, les proporcionará servicios sanitarios y de bienestar en condiciones de facilitar hasta al hombre más modesto los medios para la defensa de su salud y

la de los suyos, como también las distracciones indispensables para reponer sus fuerzas gastadas en el trabajo y hacerle disfrutar de un mínimo de alimento espiritual.

La Educación, la Justicia y la Asistencia extenderán su acción bienhechora hasta los más recónditos rincones del territorio nacional, y llevarán hasta el hogar de todos los chilenos la paz y el bienestar.

Por lo que respecta a las relaciones del trabajo, ya dijimos en el capítulo anterior que ellas serán reguladas y controladas por las corporaciones. Serán éstas las que dirimirán los conflictos del trabajo, regularán los salarios, determinarán la duración de las jornadas de labor y las condiciones de comodidad, seguridad e higiene en que ésta deba efectuarse. Representantes oficiales de patronos y obreros, de empleadores y empleados, estrechamente supervigilados por el Estado, estudiarán y resolverán estos problemas, teniendo en vista no sólo el interés de sus representados, sino que, por sobre todo, el interés superior de la nación. Las resoluciones que adopten estos organismos serán rigurosamente acatadas por todos los gremios a los cuales afecten, bajo pena de severas sanciones.

Finalmente y como base inconmovible de paz social realizará el Estado Nacista una vasta política de extensión del dominio de la tierra entre las clases hoy llamadas proletarias. A la afirmación marxista de que la tierra no debe pertenecer individualmente a nadie, nosotros oponemos la afirmación contraria, de que a todos, hasta al más modesto jornalero, debe dársele la oportunidad de hacerse dueño de un pedazo de terreno.

La posesión de la tierra dignifica al hombre y da a la vida un sentido de nobleza. El que se sabe propietario de

una extensión de suelo, por pequeña que sea, deja por ese solo hecho de sentirse una escoria humana, y pasa a constituir un elemento positivo de conservación social y de progreso.

IX

NACIONALISMO ECONOMICO

Todos los partidos políticos enarbolan en sus programas la bandera del nacionalismo económico. Este consistiría en transformar al país en un pequeño reducto agrícola y fabril, en el que los chilenos pudieran encontrar todo lo que necesitan para la satisfacción de sus necesidades materiales. El grito de combate de este nacionalismo es extremadamente simple: suplir lo extranjero por lo nacional, abastecernos a nosotros mismos, impedir la salida al exterior del oro chileno.

Dicha concepción es, tal vez, la principal causante de la crisis que hoy experimenta el mundo.

La guerra europea — tanto por el círculo de hierro con que rodeó las fronteras de algunos países beligerantes, como por la circunstancia de que todos éstos concentraran sus principales actividades en la producción de material bélico — tuvo como consecuencia una considerable restricción del comercio internacional. Los Imperios Centrales se vieron forzados a producir por sí mismos todos los elementos que requerían para la vida de sus poblaciones, lo que dió

nacimiento a innumerables y poderosas industrias de productos que antes de la guerra importaban esos países de todo el mundo. Igual cosa sucedió con los países neutrales, en los que, por las dificultades y los riesgos que presentaba el comercio exterior, los productos importados fueron reemplazados por otros de fabricación nacional.

Terminada la guerra, las nuevas industrias surgidas durante el conflicto no cesaron de producir. Los intereses creados en torno a ellas impulsaron a los gobiernos a adoptar una política proteccionista, lo que, a su vez, fomentó la iniciación de nuevas empresas, destinada cada una a suplir un producto extranjero por otro nacional. Una imperdonable ceguera impidió a los gobernantes divisar el abismo a que conducía semejante actitud.

La loca política de empréstitos desarrollada por todos los Estados, hizo posible que, tanto el comercio interior, como el comercio internacional de los grandes países industriales, se mantuvieran, por más o menos diez años, en una actividad nunca alcanzada antes, a causa del formidable aumento en la demanda de toda clase de productos, motivado por la circulación, entre la masa de consumidores de todo el mundo, de los capitales de los empréstitos. Pero, llegado el momento en que el crédito se agotó y en que los dineros prestados volvieron a las bóvedas de los bancos, sucedió lo que fatalmente tenía que suceder: la producción hipertrofiada no encontró mercados para sus productos. Cada país contaba con plantas industriales calculadas no sólo para abastecer sus propias necesidades, sino para enviar gran parte de su producción al extranjero, y estas industrias se encontraron, casi de la noche a la mañana, con que los consumi-

dores internacionales no podían continuar adquiriendo esos productos, por haberseles agotado el dinero.

Los industriales debieron, pues, reducir sus faenas y despedir por millares los empleados y obreros; esto produjo, a su vez, un nuevo descenso del consumo, y con ello, nuevas restricciones de la producción y el consiguiente aumento de la cesantía. El mundo entró, de esta manera, en un círculo vicioso, del que hasta ahora no le ha sido posible salir.

En Chile, los fenómenos apuntados se han desarrollado más o menos en la misma forma que en los demás países.

Hasta la guerra, nuestro comercio internacional se desenvolvió normalmente. Exportábamos salitre, cobre y algunos otros productos mineros y agrícolas; importábamos, en cambio, la mayoría de los artículos manufacturados que consumía nuestra población. Durante y, sobre todo, después de la guerra, se inició la política del abastecimiento integral del país mediante sus propios productos. Esta política fué impulsada principalmente bajo el gobierno de Ibáñez, y por algún tiempo con extraordinario éxito, debido a la afluencia de los enormes capitales provenientes de los empréstitos contratados por ese gobierno. El territorio nacional se vió cubierto, en el espacio de pocos años, de fábricas de toda clase, ante cuyo espectáculo los chilenos nos hinchábamos de satisfacción. Cada una de esas fábricas representaba, al parecer, trabajo permanente y bien remunerado para muchos obreros y, sobre todo, arrancaba, al decir de nuestros economistas, muchas decenas de millones de pesos de las garras del extranjero. Marchábamos derechamente y a paso de carga hacia la independencia económica nacional. El nacionalismo económico integral, ideal supre-

mo de nuestros políticos y demagogos, había dejado de ser una utopía.

¿Qué sucedió, sin embargo? Que agotados los dineros de los empréstitos, nos encontramos un buen día cara a cara con la realidad. Y ésta nos hizo ver dos cosas: primero, que nuestro principal producto de exportación había perdido sus mercados en el exterior, debido a que los antiguos países compradores habían logrado suplir nuestro abono por el sintético; y segundo, que las industrias nacionales creadas durante el período de auge de los empréstitos y que habían adquirido prosperidad a base, exclusivamente, del consumo interno, carecieron repentinamente de mercados.

Consecuencia de todo esto fué la ruina de nuestra economía y la completa destrucción del valor adquisitivo de nuestra moneda.

La realidad se ha encargado, pues, de hacernos experimentar, en carne propia, que el nacionalismo económico, tal como lo preconizan los partidos, sólo conduce a los pueblos a la ruina. Semejante política lleva fatalmente a la supresión del intercambio comercial más allá de las fronteras, lo que, además de producir en las naciones la atrofia de sus actividades económicas, provoca el aislamiento de ellas, y despierta rencores y suspicacias que, a la larga, terminan por conducir las a la guerra armada.

La teoría de que un país puede llegar a ser exportador, sin ser a la vez importador, constituye la más gruesa de las ingenuidades que hayan podido inventarse. Sin embargo, el nacionalismo, tal como hoy se le preconiza y fomenta en Chile, no significa sino eso. Queremos que se nos compre por el extranjero nuestro salitre, nuestro cobre, que se nos compren nuestras frutas y nuestros vinos; pero nosotros no

queremos comprar nada fuera de las fronteras nacionales. A diario vemos propiciar la creación artificial de nuevas industrias, que indudablemente evitarán la salida de algunos capitales al extranjero; pero nadie piensa en los capitales que, por cada una de estas nuevas industrias que se crean, dejan de entrar al país, por el concepto del cierre, a título de represalias, de los mercados extranjeros a los productos chilenos de exportación.

De aquí que la concepción nacistá del nacionalismo económico sea totalmente diversa de la que hemos criticado. Para nosotros, el nacionalismo no consiste en la infantil vanidad de poder producir dentro de nuestras fronteras todo lo que necesitamos para el consumo del país. Consiste, simplemente, en obtener la independencia económica nacional, pero sin sacrificar por ello nuestra prosperidad económica. Porque, si bien se considera, no puede negarse que Chile disfruta, en los actuales momentos, de una independencia económica cual jamás la había tenido antes. Nuestras importaciones son insignificantes, pues el abastecimiento de las necesidades de la población se produce casi íntegramente con nuestros propios productos. Sin embargo, creemos que nadie se atrevería a afirmar que la economía nacional se halla en estado floreciente.

Para que la independencia económica signifique, a la vez, prosperidad económica, es necesario desechar la tesis del abastecimiento integral o autarquía. Lo esencial no es producir dentro de las fronteras todo lo que necesitamos, sino que producir lo necesario para poder adquirir todo lo que necesitamos. En otras palabras, sólo debemos producir, en la más alta calidad y cantidad posibles, lo que seamos capaces de producir en condiciones mejores y más

económicas que el extranjero, para así estar en situación de cambiar estos productos por aquellos que no podamos o no nos convenga elaborar en casa.

Por lo tanto, si nuestro territorio se presta admirablemente para la producción en grande escala de la fruta y productos agrícolas en general, de las maderas, de los mariscos, de los vinos, debemos dedicar nuestras principales energías a la obtención de esos productos, y no malgastarlas en la creación artificial de industria anémicas, para cuya conveniente explotación carecemos de medios, de capacidad técnica y de condiciones naturales. No olvidemos que Chile no podrá ser nunca un país fabril, en situación de competir, en la calidad y el precio de sus productos, con las industrias centenarias de Alemania, Inglaterra y Estados Unidos.

Lo anterior no significa, por cierto, que estimemos que las numerosas industrias fabriles actualmente establecidas en el país deban ser hostilizadas o colocadas en condiciones desventajosas para su desarrollo futuro. Hay muchas de esas industrias que ya se encuentran sólidamente arraigadas en la economía nacional y cuyo desaparecimiento o debilitamiento sería de graves consecuencias para ella. Existen otras que, por la importancia que tienen para la conservación de nuestra independencia económica, merecen una decidida protección gubernativa. Y este mismo criterio habrá de impulsar al Estado a estimular, mediante una adecuada política proteccionista, el establecimiento de todas aquellas industrias de productos fabriles que, por cualquier motivo, no haya conveniencia en importar del extranjero.

Pero, en sus líneas fundamentales, deberá nuestra po-

lítica económica tender a la producción en grande escala de materias primas y productos agropecuarios, por ser éstos los que con mayores ventajas podremos colocar en los mercados mundiales.

El punto de partida de la concepción nacistá del nacionalismo económico es, pues, romper las barreras que cierran nuestras fronteras, y no escatimar esfuerzos ni sacrificios para reanudar, dentro del más breve plazo, un activo comercio internacional. Nuestras miradas deben dirigirse, en primer lugar, hacia el norte, a lo largo del litoral del Pacífico. Debemos invadir esos países con nuestros productos netamente chilenos de insuperable calidad, e importar, en cambio, de ellos, lo que aquí no estemos en situación de producir en condiciones ventajosas, como azúcar y otros productos tropicales. Nuestra bandera deberá flamear en poderosas flotas mercantes, que lleven más allá de las costas chilenas no sólo los frutos de nuestro suelo, sino que también el alma y el vigor de nuestra raza.

Chile tiene, entre los países sudamericanos del Pacífico, una gran misión que cumplir, cuál es la de encabezar el movimiento de independencia de esos países del yugo económico yanqui, con la mira de formar un sólido bloque internacional, que asegure la autonomía de las naciones de este Continente. Para llevar a cabo esa misión, será necesario producir un estrecho entendimiento comercial con aquellas naciones, realizado mediante la celebración de pactos de intercambio que no queden, como hasta hoy, en el papel, sino que sean el punto de partida de una vigorosa pero honrada penetración económica y cultural nuestra en las repúblicas del norte.

La misma premiosa necesidad de librarnos del yugo

norteamericano, deberá impulsarnos a buscar un mayor acercamiento con las grandes potencias productoras de Europa. En países como Alemania e Italia, cuyas industrias necesitan forzosamente y urgentemente de mercados internacionales, encontrará con seguridad gran acogida cualquiera iniciativa chilena dirigida a abrir las fronteras nacionales a los productos manufacturados de esos países, a cambio de nuestros productos mineros y agropecuarios

Por otra parte, una inteligente política inmigratoria y la atracción de capitales europeos, para la explotación en nuestro país de nuevas industrias con sólida base económica, darán a la economía nacional un impulso cual jamás lo ha tenido hasta ahora, y que habrá de colocar a Chile a la cabeza de las naciones productoras del Continente.

Para nuestra felicidad, la base de la prosperidad económica nacional no está en el incremento en grande escala de la producción manufacturera y fabril, sino que en la tierra y en el mar. Estamos destinados a ser un pueblo de agricultores, de pescadores, y de mineros, y todas nuestras energías deberán esforzarse por desarrollar y perfeccionar al máximo estas industrias y sus derivados.

Con ello no sólo contribuiremos, a la medida de nuestras fuerzas, a desenredar el nudo de la crisis mundial, sino que daremos el más efectivo de los pasos hacia la solución de nuestro grave problema social. El campo y el mar serán los verdaderos restauradores de nuestra economía, a la vez que la más segura barrera contra la plaga comunista.

**X**

**DEFENSA DEL ESPIRITU**

La cuestión social no es sólo una cuestión económica, sino sobre todo una cuestión moral. Estas palabras del Papa León XIII no son aplicables únicamente al problema social propiamente dicho, sino que, en general, a todo el problema político.

Las causas profundas de la inquietud de la hora presente, no son ni de orden constitucional, ni de orden económico, sino que de orden esencialmente espiritual.

No han logrado comprender el momento en que vivimos quienes consideran que los trastornos que en la actualidad sufre Chile tienen por origen las pasadas dictaduras. Es esto tan infantil y sostenerlo acusa tanta superficialidad de observación, que ni siquiera merece la pena rebatirlo. Bástenos dejar sentado que los regímenes de hecho que hemos sufrido en los últimos tiempos, no son sino uno de los naturales efectos del hondo malestar que aqueja al país hace ya diez años.

Idéntica miopía a la de los anteriores, manifiestan aquellos que hacen recaer el origen de nuestros males e in-

quietudes en los problemas económicos que nos afectan. Es innegable que las dificultades económicas han aguzado el malestar social y político, pero distan mucho de explicarlo. Si así no fuera, resultaría incomprensible que en las circunstancias actuales, en que el país vive un período de relativa holgura económica, la agitación, lejos de disminuir, se acrecienta de día en día. A pesar del alivio financiero, de la disminución de la cesantía y de cierta prosperidad industrial y comercial, el ambiente de desconcierto no se disipa y el equilibrio social y político se mantiene absolutamente inestable.

Por último, tampoco están en lo cierto quienes afirman que nuestra anarquía tiene su origen en un problema relacionado con la estructura constitucional o jurídica de la nación. Los que, reconociendo el término del régimen democrático-liberal de gobierno, creen que el remedio a las dolencias nacionales debe buscarse en la organización corporativa del Estado, no piensan, políticamente, con más hondura que los que vituperan contra las dictaduras, inculpándolas de cuanto de malo ocurre en el país. El régimen corporativo en sí mismo carece en absoluto de valor político; aisladamente considerado, no pasa de ser una construcción jurídica, incapaz de surtir, por sí sola, algún efecto en la vida de los pueblos. Pueden estar seguros los entusiastas que levantan como emblema de redención nacional la bandera del corporativismo, que Chile no ganaría nada, absolutamente nada, con que en el día de mañana el actual Congreso fuera transformado en una Cámara Corporativa y los actuales partidos políticos sustituidos por organizaciones de índole gremial. Con tales reformas, la

anarquía que campea en el país, lejos de ser eliminada, llegaría hasta el último extremo.

Demuestran, pues, una extraordinaria superficialidad de análisis y una total incomprensión de los verdaderos fundamentos del fascismo, quienes creen ver en la concepción corporativa del Estado el nervio y la esencia de sus principios políticos y sociales. Los que así opinan, razonan como juristas, pero en caso alguno como políticos. En realidad, es tan liberal y doctrinario el defensor del parlamentarismo y del sufragio universal, como el propagandista de la panacea corporativa. Ambos creen en la magia de las fórmulas jurídicas; ambos consideran que la vida de las naciones puede someterse a moldes constitucionales abstractos; unos y otros están convencidos de que los pueblos son más o menos felices según que sus constituciones sean más o menos "científicas", más o menos lógicas, más o menos justas. Todos los que así piensan no pasan de ser ideólogos y soñadores, ajenos por completo a la realidad.

Siempre hemos sostenido que el fascismo no es una doctrina, no es una fórmula política, no es una teoría del Estado, ni siquiera una ideología: es simplemente un sentimiento. Ya dijimos en otra parte de este estudio que el verdadero fascista no se convence, sino que cree. El fascismo es una fe política, desligada de todo racionalismo y eminentemente sentimental. Sus programas, sus concepciones acerca de la estructura jurídica y la organización del Estado y de la sociedad, serían factores enteramente ineficaces si no los cubriera un amplio manto espiritual.

La gran fuerza del fascismo radica en este inmenso acervo espiritual. Mientras la palanca del liberalismo fué

la razón, la del fascismo es el espíritu. La oposición irreductible entre liberalismo y fascismo es necesario buscarla en la concepción contrapuesta que uno y otro tienen de la vida: intelecto y materia por una parte; sentimiento y espíritu por la otra.

Para el liberal, el premio de la lucha por la vida es la conquista del bienestar; para el fascista, la finalidad de la vida es el cumplimiento del deber. Para el liberal, la felicidad humana está en directa relación con la posesión de las riquezas; para el fascista, la felicidad estriba en la conciencia de servir a la colectividad. El liberal trabaja para acumular bienes de fortuna y en seguida poder descansar y disfrutarlos; el fascista trabaja porque concibe la vida como un permanente afán de perfeccionamiento y superación. Para el liberal, el trabajo es un medio; para el fascista, un fin. El liberal considera que la finalidad del Estado es servir al individuo; el fascista, por el contrario, concibe al individuo como un servidor del Estado.

Podemos decir que el fascismo representa, en materia social, la reacción del espíritu contra la materia, y en el campo político, la reacción de la sangre y del instinto racial, contra el formulismo doctrinario.

Políticamente, el fascismo reconoce que sólo pueden aspirar a tener gobiernos normales los pueblos que posean un alma colectiva, entendiéndolo por tal una clara conciencia de su capacidad como nación y una fe indestructible en sus destinos históricos. Por consiguiente, el secreto de la estabilidad política no debe buscarse en un cuerpo de leyes, sino que en una tradición de orgullo nacional y de respeto a los poderes del Estado. Tal tradición, sólo puede formarse mediante la constitución de un gobierno

que sea capaz de infundir confianza en el pueblo, y cuyos hombres estén dotados de la visión y el desprendimiento suficientes para obtener que esa confianza inicial se transforme en hábito por la acción del tiempo.

La letra de las Constituciones políticas sólo adquiere valor, cuando ella consigue infiltrarse muy hondo en el alma popular; cuando, como en el caso de Portales, sus preceptos quedan íntimamente ligados, en el recuerdo del pueblo, a una era de austeridad, de orden y de prestigio nacional. Esta será, según ya lo dijimos al comienzo del presente trabajo, la gran tarea del Nacismo: constituir en Chile una nueva tradición política, apoyándose, para ello, en las viejas tradiciones de la era portaliana; volver a animar, dentro de los moldes que exigen las actuales condiciones de la existencia, un régimen que se incorpore a la vida chilena como una segunda naturaleza, y cuyo espíritu se transmita vigoroso a las generaciones venideras.

Socialmente, el fascismo comprende que los sueños doctrinarios de los marxistas son irrealizables, por contravenir a la naturaleza humana. La institución de la propiedad es intocable en su esencia, pues sobre ella descansa todo el edificio de nuestra cultura. La división de la humanidad en ricos y pobres también es consecuencia de una ley natural, lo que hace estéril cualquiera tentativa por eliminarla.

La solución del problema social no debe buscarse, según esto, en la supresión de las diferencias económicas de los hombres, sino que en el reconocimiento de un objetivo espiritual a la vida, que les permita ver en la misma una alta y nobilísima finalidad, sin ninguna relación con la posesión de la riqueza. Esa alta finalidad es, como ya vimos,

la que determina al individuo como un servidor de la nación. El obrero y el industrial, el abogado y el político, sirven a la nación cada uno en su esfera, y deben sentir satisfacción y orgullo de ello. El nexo superior de unión de las clases sociales debe ser la conciencia de la tarea común que todas realizan en beneficio nacional.

Moralmente, el fascismo se yergue como el más formidable e intransigente defensor de los sentimientos que sirven de soporte espiritual a la cultura de Occidente. La integridad moral de la familia, la honestidad y pureza en las costumbres, las tradiciones colectivas, encontrarán en el Estado Nacista el más decidido amparo. Esos sentimientos, que hoy yacen pisoteados y vejados por el materialismo del ambiente embrutecedor y sensual que impera en la vida chilena, serán rehabilitados y dignificados por la acción del Estado.

La Educación Pública será la principal arma de que se valdrá el Estado para obtener esta rehabilitación moral y espiritual del pueblo, en todas las capas sociales. La Escuela, el Liceo y la Universidad experimentarán una transformación profunda, no sólo en sus programas y métodos de enseñanza, sino que, principalmente, en lo que respecta al ambiente en que se impartirá la misma. Al niño y al joven estudiante, junto con instruírseles en los conocimientos necesarios para la lucha por la existencia, les será imbuido, desde los primeros años, un concepto eminentemente sentimental y dignificador de la vida.

El contacto con la naturaleza, los deportes, los cantos corales y demás actividades ennoblecedoras del espíritu, serán otros tantos medios que ejercitará el Estado para inculcar en la juventud el amor al trabajo, la disciplina, el

carácter, la honradez, la solidaridad y, por sobre todo, un viril sentimiento de orgullo nacional. Para conseguir tales objetivos, dispondrá la Educación, en todas sus ramas, de un cuerpo de profesores rigurosamente seleccionado, en forma que las tareas de estos funcionarios correspondan plenamente a su alta y delicada misión.

También las actividades educacionales privadas recibirán un permanente y poderoso estímulo del Estado; pero éste mantendrá, al mismo tiempo, sobre ellas un estricto control, dirigido a promover su mayor eficiencia y unidad de orientaciones.

Organizaciones como la Franc-Masonería, que han contribuido en proporción preponderante a producir el desquiciamiento moral de la nación y a introducir la desorientación en los espíritus, habrán de desaparecer de la faz del país. Y a la inversa, en cumplimiento de su misión de defensa del espíritu de nuestra cultura, el Estado Nacista otorgará su más decidido apoyo a la religión, que es la fuerza espiritual por excelencia de la sociedad, por cuanto moldea sus instituciones fundamentales y sienta las bases de la moral y de las costumbres.

Sin embargo, es necesario dejar establecido que este mismo elevado concepto que el fascismo tiene de la religión, lo impele a evitar a cualquier precio su intromisión en los negocios públicos. Desde el momento en que la religión se mezcla en política, su fuerza moral se destruye. Esto lo hemos podido experimentar sobradamente en Chile, donde el partido Conservador, fundado para defender y servir al catolicismo, no ha conseguido sino desconceptuarlo ante los ojos de muchos, precisamente por su afán de mezclarlo en los negocios del Estado.

Bajo el Estado Nacista, la religión será inexorablemente desterrada de la política; pero, en cambio, volverá ella a los hogares y a las escuelas: en una palabra, volverá a presidir la vida espiritual de la nación.

Es, finalmente, en persecución de esta misma finalidad de regeneración espiritual, que las fuerzas armadas de la nación volverán a ser colocadas, bajo el nuevo régimen, en el pie de dignidad y eficiencia que por su alta significación cívica y moral les corresponde. El pueblo verá nuevamente en el Ejército y la Marina de Chile los orgullosos depositarios de las glorias del pasado y los firmes sostenes de la grandeza del porvenir. Verá también en ellos las más genuinas escuelas de civismo y disciplina, que harán irradiar permanentemente estas virtudes sobre la masa de la población. Las instituciones del Servicio Militar y del Trabajo Obligatorio moldearán las generaciones en nuevas formas físicas y espirituales, y las capacitarán para cumplir plenamente su misión de solidaridad social y de engrandecimiento patrio.

## XI

### UNIDAD GUBERNATIVA

Hemos trazado hasta aquí, a muy grandes rasgos, los fundamentos políticos, sociales, económicos y espirituales sobre que descansará el Estado Nacista. Debemos todavía decir algunas palabras acerca de la organización del poder público.

Dicha organización se habrá de caracterizar por la concentración de la autoridad suprema en una sola entidad política. La dualidad de poderes de origen popular, característica del régimen democrático - liberal, será sustituida por una perfecta unidad gubernativa.

La pretendida necesidad de la separación de los poderes Ejecutivo y Legislativo, se basa en una argumentación que, analizada con sano criterio político, carece en absoluto de consistencia. Se sostiene, en efecto, que para la buena marcha de los negocios del Estado es inconveniente que las facultades ejecutivas y legislativas estén en una sola mano, por cuanto semejante concentración de atribuciones haría que las mismas degeneraran fácilmente en abuso. Lo que se desea evitar con esta división es, en buenas cuen-

tas, que se constituya un poder político que reúna excesivos atributos de mando, en forma que sus actos puedan llegar a escapar al control de los gobernados.

La citada argumentación tiene, sin duda, poderosos fundamentos dentro de la concepción liberal del gobierno, según la cual éste no pasa de ser un mero ejecutor de la voluntad de las mayorías políticas. Si el gobernante no es más que un simple mandatario del pueblo, y como tal, debe en todo momento ejecutar las instrucciones de su mandante, resultan obvios el derecho y la conveniencia para éste, de rodearse de las mayores garantías para que las condiciones en que ha otorgado el mandato no sean violadas. Pero también es obvio que, dentro de semejante concepción, los hombres de gobierno sólo tienen el nombre de tales y que los verdaderos gobernantes son las asambleas de los partidos, en su calidad de supuestos representantes de la voluntad nacional.

Diversa es la situación si por gobierno se entiende, no un vulgar mandatario a las órdenes de su mandante, sino que una voluntad superior, depositaria de la confianza del pueblo, pero totalmente independiente, para la realización de sus actos, de las voluntades individuales de los gobernados. Conforme a esta concepción antiliberal del gobierno, la dirección del Estado radica efectivamente en los hombres que encarnan el poder. Son ellos los depositarios de la confianza nacional, y responden ante la nación de sus actos como gobernantes; pero, para poder asumir esa responsabilidad, disponen de amplias facultades directivas.

Dentro de la doctrina liberal, el gobernante es irresponsable de sus actos o, a lo más, sólo responde de aquellos ejecutados excediéndose de su representación. No así

dentro de la concepción política fascista. El gobernante fascista responde de todos y cada uno de sus actos, en razón de que éstos los ejecuta libremente y no por imposición de voluntades extrañas. No son las asambleas las que le señalan rumbos, sino que es él quien imprime rumbos al pueblo que le ha otorgado su confianza. Mientras cuenta con la voluntad nacional, su poder es amplio, pues es ésta la única manera de que pueda realizar una labor efectiva y provechosa.

Si se parte, pues, de esta base de la amplia autoridad de que deben estar investidos los gobernantes para realizar su misión, resulta de toda evidencia que una de las funciones inherentes a dicha autoridad debe ser la legislativa. Siendo el gobernante responsable de su gestión, debe también tener a su disposición los medios para poder realizarla, y el principal de estos medios es la legislación. Si, en última instancia, no fuera él quien pudiera decidir acerca de cuáles son las disposiciones legales cuya implantación conviene para la buena marcha del Estado, su poder se haría ilusorio.

Es ésta, por lo demás, una verdad que, ante las exigencias de la época, han debido reconocer los propios Estados liberales. En la mayoría de ellos, el Congreso ha perdido, poco más o menos, su calidad de poder independiente. La acción del Ejecutivo gravita sobre él en forma cada vez más decisiva. Las leyes se promulgan como lo desean los hombres del Gobierno, y si por casualidad alguna es aprobada en contravención a la voluntad ministerial, el amplio derecho de veto que la casi totalidad de las Constituciones democráticas en vigencia reconocen al Ejecutivo, hace imposible su promulgación contra los deseos de éste.

De aquí que el Nacismo opte, lisa y llanamente, por suprimir la potestad legislativa del Congreso, que sólo subsiste en el papel bajo el actual régimen de gobierno. Dicha potestad será anexada, en el Estado Nacista, a la potestad ejecutiva, representada por el Presidente de la República y el Jefe del Gobierno.

El Presidente de la República encarnará las virtudes y tradiciones de la raza. Los representantes de las Corporaciones, en su calidad de depositarios de la soberanía nacional, lo designarán entre los varones selectos que hayan merecido bien de la patria por sus virtudes y los servicios prestados a la misma, designación que será ratificada por un plebiscito. La función del Presidente será servir de moderador de las agitaciones políticas, y de lazo de unión entre el pasado y el futuro. No intervendrá personalmente en los actos del gobierno, salvo en cuanto estime que éstos se desvíen de la línea de conveniencia nacional. Su facultad privativa de designar y remover al Jefe del Gobierno, lo posibilitará, en todo momento, para imprimir, a la acción del Estado el rumbo que exijan las circunstancias.

El Jefe del Gobierno será el encargado de la dirección inmediata de los intereses nacionales. Sus facultades serán muy amplias, como lo será igualmente su responsabilidad. Responderá de todos y cada uno de sus actos ante el Presidente de la República, como representante éste de la soberanía nacional.

La potestad legislativa será, como dijimos más arriba, anexada a la potestad ejecutiva. Pero esto no significa que la dictación de las leyes vaya a estar privada de todo control. Muy al contrario. En vez de asambleas informes e ineptas, como son los parlamentos, el estudio y la discu-

sión de la legislación quedarán entregados, en el Estado Nacista, a Consejos técnicos emanados de las Corporaciones, que se dedicarán a esta tarea, no con criterio partidista o doctrinario, sino que científico y objetivo. Sin embargo, estos Consejos no decidirán acerca de la legislación, sino que será al Jefe del Gobierno a quién incumbirá resolver sobre la conveniencia o inconveniencia de implantar las medidas que se le propongan. En esta forma, las leyes serán promulgadas siempre con el debido estudio y, al mismo tiempo, corresponderán a un plan de gobierno armónico y ejecutado por autoridades responsables.

Por lo que se refiere al poder Judicial, será el mismo controlado por el Gobierno en lo que respecta a la conducta funcionaria de sus miembros, pero disfrutará de la más amplia independencia para la dictación de sus fallos.

Es indiscutible que la Magistratura requiere, cualquiera que sea el régimen político imperante, del máximo de independencia para desempeñar su delicado cometido. Pero la adquisición y conservación de esa independencia no estriban en factores de orden constitucional o jurídico — como lo sostienen los doctrinarios del liberalismo — sino que ellas son de orden esencialmente subjetivo. Es la calidad de los jueces la que da mayor o menor majestad a la Administración de Justicia, y no la forma en que dichos funcionarios son nombrados o pueden ser removidos de sus cargos.

Bajo régimen alguno la Justicia fué más libre que, en Prusia, en los tiempos de la dominación autocrática de Federico el Grande. La conocida anécdota del molino de Sans Souci no sólo constituye un ejemplo vivo de la virtud política de ese monarca, sino que resume maravillosamente la verdadera concepción de la independencia judicial.

Como todas las actividades públicas, también la judicial ha sido dominada, bajo el régimen democrático-liberal, por los intereses de la política partidista y del dinero. La independencia jurídica que las Constituciones reconocen al poder Judicial, en vez de librarlo de la presión de esos factores, ha servido para facilitar su predominio, por cuanto se ha traducido, prácticamente, en una total ausencia de control del comportamiento funcionario de sus miembros. Como consecuencia de este régimen de autocontrol, la calidad de la Magistratura ha decaído en Chile en forma lamentable, habiendo perdido, hace ya mucho tiempo, todo vestigio de su antigua tradición de probidad y competencia.

La concepción nazi de la Administración de Justicia tiende a devolver a la Magistratura, en toda su amplitud, esa dignidad e independencia subjetiva que el liberalismo no ha sabido conservar. Es por esto que, bajo el nuevo régimen, el comportamiento de los jueces quedará sometido, como el de todos los funcionarios del Estado, a la alta supervigilancia del Gobierno, por medio de Tribunales Administrativos de selección. Con ello no se restará independencia a la Judicatura, sino que se reafirmará su dignidad, se le reinculcará una tradición de austeridad y de respeto, única capaz de darle el prestigio y la libertad necesarios para que pueda desempeñar correctamente su trascendental misión. En el Estado Nazi la carrera judicial dejará de ser una profesión, para pasar a constituir un apostolado, al que sólo podrán alcanzar los moralmente aptos para desempeñarlo con dignidad y eficiencia.

La Administración Pública experimentará, asimismo, una radical transformación. La burocracia exenta de res-

ponsabilidad y de competencia que hoy en día mantiene anquilosados los servicios del Estado, será sustituida por una Administración modelo en materia de organización y eficiencia. El funcionario pasará a ser un "servidor del Estado" en la más estricta acepción de este calificativo. Los jefes de servicios no sólo tendrán el título de tales, sino que estarán dotados de amplias atribuciones, pero a la vez recaerán sobre ellos responsabilidades precisas e ineludibles por sus actos funcionarios.

Las reparticiones públicas dejarán de ser reductos de rutina y de molición, para pasar a constituir vigorosos mecanismos de acción progresista y constructiva. Los favoritismos y los empeños, que en la actualidad constituyen la más pútrida gangrena de nuestra Administración, serán inexorablemente desterrados de ella; sólo la competencia, la honestidad y el espíritu de trabajo de los empleados y funcionarios serán los factores que habrán de determinar la posición que a aquéllos corresponda en el escalafón.

Advertiremos, para terminar, que la centralización política que el Nacismo considera indispensable para la conveniente dirección de los intereses nacionales, no le impedirá llevar a la realidad los anhelos de descentralización administrativa tan hondamente sentidos por las provincias. Al efecto, dará al país una nueva estructura administrativa, fundamentada en las necesidades de las diversas regiones y en las variadas características de nuestro territorio.

La división administrativa se efectuará teniendo en vista la formación de grandes bloques regionales, susceptibles de desarrollar una vida económica y cultural propia, independiente de los intereses santiaguinos. Cada región tendrá a su cabeza una gran capital, dotada de toda clase de

servicios y recursos, y a la que convergirán las actividades agrícolas, industriales y comerciales de la zona, como también las altas manifestaciones del intelecto y del espíritu.

Santiago dejará de ser la cabeza monstruosa de un cuerpo raquítico y deforme, pues este último adquirirá sus verdaderas y normales proporciones. El hombre de provincia no necesitará ya tener la mirada permanentemente dirigida hacia la capital, por cuanto le será dado encontrar en su propia tierra el horizonte necesario para surgir y labrarse una situación en armonía con sus aptitudes.

La acción austera, enérgica y de amplia visión interna y exterior del Gobierno Central, y la entusiasta y emuladora actividad de las administraciones regionales, constituirán las palancas del renacimiento y de la grandeza futura de Chile.

## XII

### POLITICA Y REALIDAD

Sólo un Estado estructurado en conformidad a las ideas que someramente hemos expuesto en las líneas que preceden, será capaz de volver a encauzar a Chile por las vías de la normalidad política, de la prosperidad económica y de la paz social. Todo intento de restauración que se realice fuera de esas bases caerá fatalmente en el vacío.

Pero, se nos objetará, según la concepción del Estado que acabamos de esbozar, los gobiernos pasarán a ser simples dictaduras legalizadas.

No tememos semejante objeción.

Ya hemos demostrado que yerran profundamente quienes consideran que el Nacismo persigue una política personalista. Repetimos una vez más que su propósito es precisamente el opuesto, de despersonalizar la política chilena; de obtener que el Gobierno vuelva a ser respetado por ser tal, sin consideración a las personas que lo encarnen. Pero, para que esto sea posible, es necesario que el Gobierno vuelva a adquirir la fisonomía que le imprimió Portales;

que a su cabeza se coloquen algunos hombres de selección y que en ellos se deposite una amplia autoridad.

Si a semejante concepción del gobierno se la denomina dictadura, es evidente que los nazistas somos dictatoriales. Y lo somos, porque estamos convencidos de que sólo un poder público así constituido es posible en la época en que vivimos.

Dentro del curso fatal de historia, no cabe a los hombres discurrir acerca de la conveniencia de que los acontecimientos sucedan en una forma o en otra. Las leyes del desarrollo de los pueblos, como leyes naturales que son, no pueden ser violentadas por la voluntad humana. Esta no llega más allá de poder encauzarlas y servirse de ellas para la satisfacción de las aspiraciones y necesidades colectivas, pero en manera alguna le es lícito pretender detenerlas en su acción o hacerlas variar fundamentalmente en sus efectos.

Así como al ingeniero no le es permitido, en sus construcciones, violentar las leyes fundamentales de la física, sino que debe limitarse a conocerlas y aprovecharlas para la mejor realización de su obra, así también a los pueblos les está vedado, en sus construcciones políticas, ir contra las leyes que gobiernan la existencia y evolución de las colectividades. En esta materia, sólo les corresponde, como al ingeniero, conocer esas leyes, o sea, medir en cada período de su desarrollo las posibilidades políticas que en el mismo se presentan, y aprovechar esas posibilidades con un máximo de eficiencia para su desenvolvimiento y prosperidad. Más allá no les es posible llegar, y si lo intentan, sucumbirán indefectiblemente víctimas de su ignorancia o temeridad.

De aquí que para abordar nuestro futuro político, debamos comenzar por considerar las posibilidades que el mismo nos ofrece. No se trata de que procuremos gobernarnos conforme a tal o cual sistema más o menos idealista, sino que de gobernarnos con los medios de que dispongamos para ello. No se trata de inventar nuevas fórmulas políticas, sino que de descubrir y aprovechar en un máximo las que sean naturalmente posibles.

Pues bien, ya lo hemos dicho: las posibilidades políticas de este siglo girarán, necesariamente, en torno a los hombres y no a las doctrinas. Con desconocer este hecho o no desearlo, no conseguiremos evitarlo; muy lejos de eso, sólo lograremos sufrir más duramente sus consecuencias. Los años que llevamos vividos en Chile desde la muerte del régimen liberal de gobierno constituyen la más convincente y dolorosa de las pruebas de este aserto. Una y otra vez hemos querido reaccionar contra la fuerza de nuestro destino histórico, y una y otra vez nos hemos estrellado violentamente contra su acción inexorable. Hemos querido desconocer la realidad de los acontecimientos, hemos querido sobreponernos a los mismos, impedir su curso fatal, y sólo hemos logrado ser arrastrados por ellos a la deriva y sin control.

La calma de que en estos momentos disfrutamos, no debe engañarnos con respecto a su significado y duración. Contrariando todas las ilusiones, esa calma sólo representa un compás de espera. La aparente normalidad constitucional en que vivimos no pasa de ser una anarquía disfrazada, pues, bajo la capa superficial de los formulismos jurídicos, la descomposición continúa cada vez en forma más violenta. Si ella no se manifiesta hacia el exterior median.

te asonadas y cuartelazos, esto sólo se debe al cansancio del pueblo, que ha perdido la fe en esta clase de remedios.

Pero tal situación no podrá ser duradera. Ella no corresponde a un sentimiento de confianza hacia el régimen, sino que, exclusivamente, al convencimiento de que cualquiera modificación violenta del actual estado de cosas, lejos de mejorarlo, lo agravaría en forma peligrosísima. El día que ese convencimiento desaparezca --- lo que puede suceder en cualquier momento, frente a la primera dificultad más o menos grave --- el país se verá de nuevo sumido en el caos. Y esta vez podría ser para siempre.

Sólo una clara y oportuna comprensión de la realidad nos permitirá aún esquivar este destino. Vivimos en un siglo de hondas y sangrientas luchas, en las que el triunfo corresponderá a los pueblos que con visión más nítida sepan abarcar las exigencias y necesidades de la época, y la manera de darles satisfacción. No será, por cierto, de los que sueñan con la realización de utopías, ni de los que se obstinan en resucitar un pasado que se fué para no volver. Será de los que comprendan la vida en toda su crudeza, de los que observen lo que "es" y no lo que desearían que fuera.

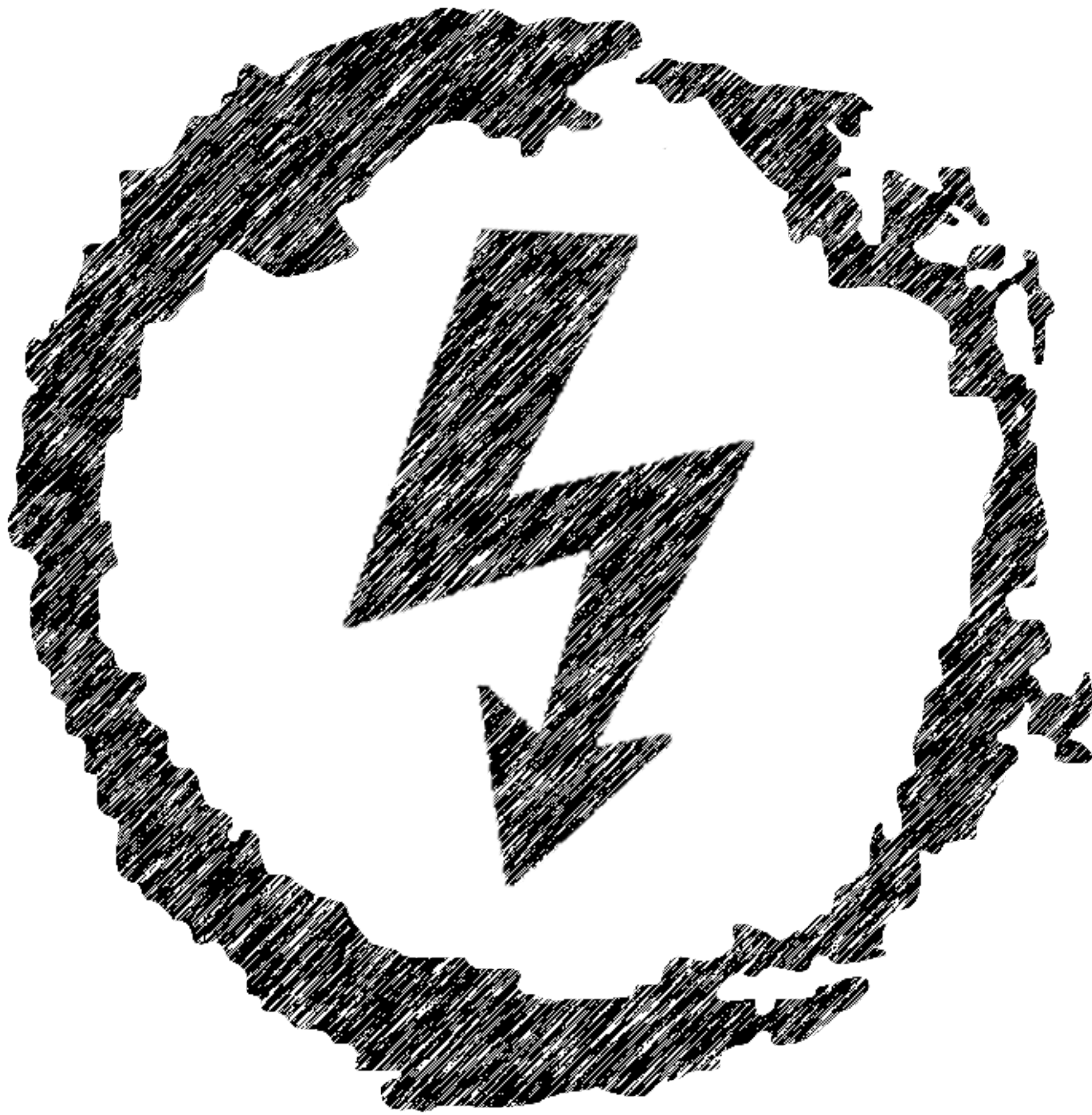
No entraremos, pues, a discutir si el régimen político y social que preconiza el Nacismo es o no superior, en teoría, al democrático - liberal o a otro cualquiera. Y no lo haremos, porque consideramos que semejante controversia sería absolutamente estéril. Para nosotros, el único régimen posible en el futuro es el que aquí hemos esbozado, y es por ello que lo patrocinamos y lo implantaremos. No sabemos, ni nos interesa saber si, idealmente considerado, este régimen es perfecto, ni nos importa que se le apode de

dictatorial y autocrático por los ilusos y soñadores. Lo que sí sabemos --- y es esto lo único que debe interesarnos --- es que no hay para nuestro futuro político sino el siguiente dilema: o un gobierno inspirado en los principios y el espíritu del fascismo, o la anarquía.

Es ésta la realidad, y a ella deberemos someternos, querámoslo o no. Realidad dolorosa, tal vez, para quienes añoran los viejos tiempos patriarcales, en que la política fué arena de románticas lides doctrinarias; realidad vibrante y promisoro para el patriotismo de los varones de espíritu resuelto, que lleven en sus almas la noble ambición de ligar sus nombres y sus vidas al resurgimiento y la grandeza de la patria.

## INDICE

	<u>Pág.</u>
I.—Una nación en Ruinas ... ..	5
II.—Muerte de la tradición democrática	10
III.—Somos occidentales .....	19
IV.—La realidad fascista .....	22
V.—Política nacional, en vez de política de partidos... ..	28
VI.—Aristocracia democrática... ..	39
VII.—Estado corporativo.....	45
VIII.—Estado socialista.....,	51
IX.—Nacionalismo económico.....	60
X.—Defensa del espíritu.....	68
XI.—Unidad gubernativa.....	76
XII.—Política y realidad,.....	84



K U K L O X . X Y Z